REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV San José, Costa Rica 1949 Viernes 10 de Junio No. 10

Año XXIX — No. 1085

El trágico de la libertad

Por *Roberto F. GIUSTI*

(En *La Prensa* de Buenos Aires. Enero 16 de 1949).

El nombre de Víctor Alfieri, a los doscientos años de su nacimiento, que se cumplen hoy (1), llega a nosotros cargado de emocionantes recuerdos. En los albores de la patria decir Alfieri no era pronunciar un nombre más entre tantos famosos en las letras europeas; era suscitar la imagen de un gran poeta civil, odiador y debelador de tiranos.

Y como la palabra tirano está indisolublemente unida al arte de Alfieri, conviene conocer qué extensión él le daba, abarcando en ella a todos los gobiernos absolutos de su tiempo. "Debe llamarse tiranía —escribió en el tratado homónimo— indistintamente cualquier gobierno en el cual quien está encargado de la ejecución de las leyes puede hacerlas, destruirlas, quebrantarlas, interpretarlas, impedirlas, suspenderlas o también solamente burlarlas, seguro de la impunidad. Y por tanto, sea este quebranta-leyes hereditario o electivo; sea usurpador o legítimo, bueno o malo, uno o muchos, de cualquier modo, quienquiera tenga fuerza efectiva que baste para obrar así es tirano; toda sociedad que lo admite es una tiranía; todo pueblo que lo soporta es esclavo".

Este concepto, desenvuelto en el conflicto entre el opresor y los oprimidos, es el substrato de las tragedias suyas más populares. En los primeros lustros del siglo XIX sus héroes pisaban las tablas de nuestro teatro naciente, inspirando en los espectadores criollos sentimientos mezclados de horror y de piedad. Varias generaciones los escucharon hasta los años posteriores a Caseros, sin excluir la época de Rosas, ignoro con cuáles concesiones en ésta a la censura policial. Sus acentos terribles y solemnes anduvieron confundidos largo tiempo en la escena universal, y en la nuestra, con las declamaciones, llantos y suspiros de los dramas románticos más populares. La obra de Alfieri que al parecer más atraía al público porteño fué *Polinice*, donde muestra toda su monstruosa fealdad moral el feroz usurpador Creón. Se la representaba con el título de *Los hijos de Edipo* y llegaron a disputársela una misma noche del año 1840 los dos únicos teatros porteños, entonces en competencia: el Argentino (el viejo Coliseo situado frente a la Merced) y el Victoria. Pero también gozaban de favor las otras "tragedias de libertad", como las llamó el propio autor: el *Filipo, Bruto* y *Virginia.*

En el último tercio del siglo pasado Buenos Aires todavía alcanzó a escuchar en su verso original a los héroes alfierianos, encarnados por actores trágicos de la talla de Adelaida Ristori, Tomás Salvini y Ernesto Rossi.

Durante el auge mayor del poeta, entre nosotros no sólo se le representó en dudosas versiones españolas o en infieles "arreglos" locales, mas también fué traducido e imitado por los escritores porteños. Esteban de Luca puso en

Víctor Alfieri

Por *F. S. Fabre.*

versos sueltos el *Filipo*. A Juan Cruz Varela no le bastó traducir a Alfieri, como lo hizo, en prosa, con su *Virginia*, sino que se sintió tentado a emularlo en *Argia*, inspirándose en sus tragedias *Polinice, Antígona* y *Mérope*, y siguiéndole el paso en el diálogo trágico. Tampoco niega la ascendencia alfieriana el ingenuo propósito declarado por Varela en el prólogo, de haber querido disparar sus tiros contra los tiranos, personificados por el feroz Creón e identificados por el autor con los monarcas absolutos de la Santa Alianza.

Por esos mismos años, en el otro extremo de Hispanoamérica, el cubano Heredia, desterrado en Méjico, traducía el *Saúl*, forjaba en la misma fragua las consabidas flechas contra los tiranos y se proponía "calzar el coturno americano" prometiendo componer "con el buril de Alfieri" tragedias de asunto indígena.

Esas armas que el poeta piamontés proveyó largo tiempo contra la tiranía y el fanatismo religioso, ahora son piezas de museo orinientas; pero la voz estremecida y estremecedora de sus personajes, aunque ya no se escuche en las tablas, sigue siendo ejemplo de un célebre y singular estilo trágico, caracterizado por la brevedad sentenciosa por él largamente estudiada en los latinos, principalmente en Salustio y en Tácito: un diálogo austero y lapidario, cuya energía todavía subyuga en la lectura a pesar de la constante tensión retórica que lo vuelve monótono. Tomó Alfieri sus héroes, conforme a la tradición de la tragedia clásica francesa, a la común cantera de la historia y la mitología antiguas; no todos, porque algunos asuntos de sus tragedias son de propia invención; pero a unos y otros les dió rostro original y les infundió terribles y arrasadoras pasiones, entre las cuales sobresalen la ambición, la venganza y el odio, y se sublima el amor de la patria. Lo mismo que sus obras, construídas con rigurosa sobriedad, desdeñosa de todo lo episódico, accidental y efectista, sus personajes, generalmente pocos, pues excluye en la medida de lo posible los secundarios, marchan rectilíneos hacia el objeto que el autor les ha señalado, llevándolos a él con mano férrea. Lo que puede haber en esos caracteres de impuesto desde afuera, de idea abstracta, queda rescatado por la fuerza expresiva del diálogo que da visos de verdad teatral a la pasión. Y aquel defecto, si muy visible en sus primeras tragedias, principalmente en el *Filipo*, histórica y psicológicamente falsa, se atenúa en las de la madurez, de psicología más compleja, cuyos rasgos sutiles y recónditos hacían manifiestos —según se lee en fidedignas crónicas— los grandes intérpretes de antaño, tal Gustavo Módena en el *Saúl*, o Adelaida Ristori en la *Mirra*.

Quien como Alfieri conoció por propia experiencia, viviéndolos hasta extremos difícilmente alcanzables, el desorden y la impetuosidad de las pasiones, y fué una mente sobremanera aguda en el análisis de los motivos de las acciones humanas, como lo acredita en su autobiografía y en las minuciosas y severísimas censuras que él hizo del carácter y la conducta de sus criaturas teatrales, mal podía ser un frío constructor de entes vacíos, por más límites que opusieran a su clarividencia psicológica el rígido molde trágico adoptado y las criaturas que él remodelaba, generalmente hechizas, estereotipadas por una pesada tradición literaria, mitos figurados bajo formas humanas.

Ahora las candilejas se han apagado definitivamente en el teatro trágico y la escena está muda. Si la voz de Corneille y de Racine todavía se oye en Francia, antes se debe a una celosa política cultural que a los altos e inmortales valores literarios de los autores del *Cid* y de *Fedra*.

Pero hubo un tiempo en que la voz de Alfieri, desencadenaba en su patria y fuera de ella, furores de entusiasmo. El había puesto a los tiranos en la picota en sus obras más aplaudidas, y exaltado las virtudes republicanas; él era para sus compatriotas el anunciador de la Italia futura, unida y fuerte, libre del yugo extranjero, ya vaticinada por Dante, Petrarca, Maquiavelo y los mayores italianos.

La Revolución Francesa, a la vez que favorecía la difusión de su fama en todas las naciones conquistadas o sacudidas por los nuevos ideales, ponía a dura prueba los sentimientos del poeta. La doncella purísima bajo cuyas formas él se había figurado la Libertad, mostrá-

(1) Aunque Alfieri da en su Autobiografía la fecha del 17 de enero de 1749 como la de su nacimiento, y es la comúnmente adoptada, nació el 16 y fué bautizado el 17.

basele una ramera bestial y feroz tocada con el gorro de los galeotes, y al mismo tiempo veía sustituirse al aborrecido absolutismo monárquico, una sangrienta tiranía plebeya mucho más opresora e imbécil. En el primer momento cantó la toma de la Bastilla, pero muy pronto se avergonzó de haber deshonrado, dijo, su pluma, y combatió con saña el nuevo orden de cosas. De toda la bilis acumulada contra los franceses a través de los años se purgó en el *Misogalo*, panfleto o miscelánea de panfletos en prosa y de sátiras y epigramas en versos ásperos, donde el odio y el desprecio tocan los ápices de la invectiva y la monomanía.

Hoy sorprende que Alfieri arrojara sobre los franceses, mucho antes de la invasión de Bonaparte, todos los agravios que Italia tenía contra los pueblos que la habían degradado y sometido a servidumbre durante siglos. Esa aversión recorre todos los grados, de la puerilidad al frenesí. No nació, como podría creerse, de la indignación que le produjeron las jornadas, ciertamente bochornosas y repugnantes muchas de ellas, que presenció en París; ni tampoco del hecho de verse forzado a abandonar la ciudad, en agosto de 1792, dejando allí todo lo que era suyo, incluso sus libros y papeles, que le fué secuestrado sin que jamás pudiera recobrarlo. Germinó con el desengaño que produjo en su ardiente fantasía la primera impresión de París, cuando él la conoció a la edad de dieciocho años, "fétida cloaca", en un agosto nublado y lluvioso, fangoso y triste, y fué creciendo desmesuradamente. Esa aversión Alfieri la extendía genéricamente a Francia y a los franceses a través de las centurias, a su corte, a sus mujeres, a sus costumbres, a sus modas, a su carácter, a sus maneras, a sus versos, a su lengua, hasta a la *u* de su pronunciación, cuya caricatura hace no sin gracia. Y provenía de quien, natural de Asti, súbdito del rey de Cerdeña, noble y rico, educado en la Academia Militar de Turín, tuvo por lengua conversacional el francés, junto con el dialecto piamontés, siéndole extraño el italiano o toscano (idioma oficial y burocrático), que debió aprender, ya adulto, casi como habla extranjera. Paradójica contradicción en quien había hecho sus primeras lecturas y formado sus ideas políticas sobre autores franceses, entre ellos Montesquieu y Helvetius; derivado su teatro de la tragedia francesa de Racine y Voltaire; y pensado y escrito sus tragedias iniciales en francés, para trasladarlas luego en prosa italiana y de ahí al verso.

Cosa menos singular, sin embargo, de cuanto puede parecer a primera vista, pues precisamente todas esas circunstancias fueron, andando el tiempo, otros tantos motivos subconscientes de resentimiento para su alma fiera, altiva, insobornable, humillada de sentir sofocada la llameante italianidad nativa bajo una cultura extranjera.

Nos da la clave de ese resentimiento colérico la *Vida* de Alfieri, autobiografía curiosa, sincera y atrevida, contada en prosa vivacísima, natural y espontánea, desbordante de interés, digna de figurar entre las "confesiones" más notables. Es una historia ejemplar como pocas, aunque Alfieri no tiene ojos sino para mirarse a sí mismo, indiferente a cuanto no suscita en él odio o amor. Es hoy sin duda el más viviente de sus escritos. Mucha filosofía de la vida puede aprender cualquier lector, del hombre Alfieri, disecado a veces cruelment hasta las más íntimas fibras. Si entretiene y asombra, también enseña como una moralidad. El autor podía haberle puesto por epígrafe, de haber leído a Gracián, lo que en *El Criticón* le dice Critilo a Andrenio: "Ahí verás lo que cuesta el ser persona". En efecto; en la *Vida* de Alfieri, vemos desprenderse trabajosamente al hombre del barro que lo tiene aprosionado, cayendo mil veces y levantándose otras tantas, luchando con la ignorancia, con la presunción, con las pasiones, con los vicios, en un afán incesante y a veces desesperado, de vencer a la bestia y convertirse en persona. Esa vida es un himno a la voluntad. Todo cuanto él quería, lo malo y lo bueno, lo quería con decisión obstinada. Así como corrió de uno a otro extremo de Europa, de Rusia a Portugal, de Finlandia a Nápoles, visitando todas las naciones, menos las balcánicas, para matar la melancolía y el tedio que lo consumían, cometiendo toda suerte de excesos e insensateces, con igual ardor abrazó el estudio y la lectura después de haberlos aborrecido y despreciado. Caballos y mujeres llenaron la juventud de este jinete y amador intrépido; la ambición de gloria fué el solo motor de su existencia desde que vislumbró en su mente la chispa creadora. Descubiértose el don literario, empleó todas sus energías en enriquecerlo y pulirlo, dándole una dirección y un objeto. Su carácter soberbio e indómito y su amor propio quisquilloso nunca habían tolerado sin impaciencia el yugo de la autoridad. Su alma se había encendido de amor por las acciones heroicas en Plutarco y demás historiadores antiguos. Su corazón había vivido humillado en la muelle servidumbre en que veía vegetar a sus compatriotas y a la cual tampoco a él érale lícito escapar, a pesar de su título de conde, pues sus últimas decisiones quedaban siempre libradas a la voluntad del rey. La libertad humana, la dignidad de la persona, la emancipación de Italia, la conversión de sus habitantes disgregados y desunidos, en un gran pueblo, constituirían el solo objeto de su pensamiento, la principal sustancia de su arte. Su palabra fué acción.

Alfieri vive de un sueño, de una idea, quizás de una utopía política. La libertad, fantasma puramente ético y racional, alma de todas sus concepciones y discursos, carece del contenido social, de la realidad corpórea que habría de darle el siglo XIX. Pero las ideas puras también son motores de la historia, cuando la palabra ardiente y eficaz las convierte en inspiraciones vitales, sentimientos generosos y audaces resoluciones. Esa idea, de origen culto y no popular, desaprisionada de los poetas e historiadores griegos y romanos, sería la religión del siglo. Por ella se consagraron al martirio y a la muerte legiones de hombres; ella inspiró gestas gloriosas, derrocó regímenes despóticos, trozó cadenas, exaltó la personalidad humana, emancipó naciones, vivificó el arte, dió origen a una gran poesía. La declamación se convertía en la Declaración de los Derechos del Hombre; la utopía en audaces reformas sociales y políticas. En los umbrales de esta magnífica historia, que se abría cuando Alfieri bajaba a la tumba (1803), está escrito con grandes letras significativas su nombre.

En el curso del Resurgimiento italiano él fué oráculo de redención y libertad y espuela de heroísmo y sacrificio. "Todas las veces que Italia surge a la libertad —escribió Francisco de Sanctis— saluda a Alfieri con reverente entusiasmo y se reconoce en él. En el 99, lo primero que hicieron los republicanos de Nápoles fué aplaudir a Alfieri en el teatro. En la primera ebriedad del 48 cada cual se decía: "Esta es la Italia futura de Alfieri".

Por eso lo saludaron antecesor y maestro todos los poetas civiles peninsulares del siglo XIX. Leopardi se inspiraba en él al escribir sus juveniles canciones patrióticas; Hugo Fóscolo le dedicaba su primera tragedia, en homenaje filial, y en los versos del "primero de los italianos" avivaba su fe republicana. Así cumplíase, siquiera en el terreno de las esperanzas, siempre más hermosas que la realidad, hija de ellas, con todo, la profecía con que orgullosamente coronaba Alfieri el *Misogalo*, cuando al final del último soneto oía decir a los italianos, al fin resueltos a sacudir con las armas el yugo extranjero (para él, ya se ha dicho, el francés):

> *O Vate nostro, in pravi*
> *secoli nato, eppur create hai queste*
> *sublimi età, che profetando andavi* (2).

(2) Oh vate nuestro, aunque nacido en corrompidos siglos, has creado estas sublimes edades que ibas profetizando.

VISITANDO SIRIA Y LIBANO

Byblos, cuna de Adonis y madre de nuestro alfabeto

Por *Juan MARIN*
(En el *Rep. Amer.*)

En un rincón maravilloso de la justamente llamada "Costa Divina" del Líbano y a unos 25 kilómetros al norte de Beyrut, se encuentran las ruinas de la antigua metrópoli fenicia que en el *Libro de los Reyes* de la Biblia se menciona con el nombre de Gebal, (los árabes la llaman hoy Djebail) y que los griegos de Alejandro Magno llamaron Byblos. Cuatro mil años antes de Cristo, cuando Tiro y Sidón no figuraban aún en las cartas náuticas del Mediterráneo antiguo —que Merejkovsky llamara "el corazón de la tierra"— Byblos atraía ya a las muchedumbres del Asia que venían a adorar aquí al bello adolescente Adonis-Tammuz, resucitado en la flor roja de la anémona. Igual que en los santuarios de Isis en Philae, Egipto (donde se celebraba la resurrección de Osiris) y en los de Eleusis, Grecia (en donde las sacerdotisas danzaban en torno a Yakkhos resucitado) aquí, el Asia occidental venía a celebrar los fastuosos ritos cósmico-agrarios de la resurrección del Dios-hijo o Dios-encarnado. La procesión de fieles partía desde el bello templo blanco construído al borde del mar y remontaba la montaña libanesa hasta las fuentes mismas del río Adonis, entre pinos y cedros y sobre un prado florecido de anémonas silvestres, en una peregrinación que, repetida hoy prosaicamente por nosotros, evoca en nuestras almas toda la belleza de los viejos cultos llamados paganos y que deberían llamarse mejor cósmicos o panteístas. Es en primavera que florece la anémona sobre las praderas de Siria y era justamente en los días del solsticio que se celebraban los festivales de resurrección del dios de la Espiga y del Amor. Digamos que "Adoni" es el nombre judío del dios sumeriano Tammuz, el mismo dios juvenil que el Profeta Ezequiel vió a la entrada del Templo de Iahvé rodeado de enlutadas mujeres que lloraban su muerte. "Adoni" —que en hebreo significa "Mi Señor" — se transformó en el

griego "Adonis", típico dios de vegetación. Parece ser que Tammuz sería el mismo dios arcaico Dumuzi, contracción de "Dumu-zi-ap-zu", que en lengua accadiana se traduce por "El Hijo Verdadero" o "El Pastor Divino". Los pueblos sirios y árabes conservan hasta hay el recuerdo de las festividades de Tammuz, celebrados en el cuarto mes de Nizán, o sea entre los meses de Junio y Julio del calendario gregoriano, en la fecha correspondiente a la fiesta de San Juan del mundo cristiano. Dumuzi o Tammuz, como Osiris y como Orfeo, había descendido a los infiernos y paralizado con ello la fecundidad de animales y plantas sobre la tierra. Su resurrección significaba el retorno de la vida al planeta.

Adonis, adorado en Bylos como el adolescente asesinado por un jabalí salvaje y resucitado después al conjuro del amor, es una encarnación del mito arcaico de Dumuzi-Tammuz, bellamente enriquecido por la leyenda y el rito. Pero, si Byblos es grande porque es la cuna que meció el nacimiento del mito de Adonai, más grande es aún porque alumbró la primera escritura alfabética del mundo civilizado: *el alfabeto fenicio* que, con ligeras variantes interpuestas por los griegos es el mismo que hoy sirve de vehículo al pensamiento de media humanidad. En nuestras crónicas egipcias y en particular al estudiar los principales documentos de la literatura faraónica hemos comentado el periplo de Wen-Amón, célebre sacerdote thebano que, enviado en misión especial a Byblos para adquirir maderas de cedro requeridas para construcción de nuevas barcas sagradas, se vió envuelto en una serie de aventuras y desventuras en Byblos y en las islas del Mar Egeo, que han inmortalizado su nombre. En un célebre pergamino, escrito por el mismo Wen-Amón en sus años de senectud, nos cuenta él que al desembarcar en Byblos y ser recibido por los emisarios del Rey, vió desembarcar quinientos rollos de papyro egipcio destinados al gran puerto fenicio. Este papyro no era otra cosa que el papel de imprenta de la época y venía a Byblos —que era la gran editorial del mundo antiguo— para ser inscrito o mejor dicho "escrito" con los caracteres, viejos ya de más de 2.000 años de la escritura alfabética fenicia. Recuérdese que el viaje de Wen-Amón tuvo lugar cuando reinaba en Egipto el recio guerrero Ramses III, o sea, a mediados del segundo milenio antes de Cristo y ya en esa época el alfabeto fenicio estaba perfectamente formado y su escritura tan admirablemente constituída que los intelectuales griegos que acompañaban a Alejandro Magno no tuvieron sino que copiar el Alfa y el Omega de la vieja civilización fenicio-canaánica y echarlas a correr por el mundo. De allí también que esa misma "intelligenzia" griega bautizara a la vieja Gebal con el nombre de Byblos, que significa "libro", rindiéndole con ello el más alto de los homenajes y hermanándola de ese modo en la literatura y en la historia con el "Libro Sagrado" de los israelitas y de los cristianos, la *Biblia*.

Las excavaciones llevadas a cabo en Byblos datan solamente de hace veinte años y han sido realizadas por la Escuela Francesa de Arqueología en estrecha colaboración con el Gobierno libanés. En tan corto plazo, estos trabajos han sacado a luz diferentes estratos culturales que vienen desde la época neolítica, o sea desde 4.000 A. C. hasta nuestros días. Partiendo de esa cultura neolítica que muestra ya en la piedra los rústicos ancestros del futuro alfabeto, se ve surgir entre los años 3.200 y 2.200 A. C. una cultura llamada del "Bronce Antiguo" y que proviene indudablemente de una migración de pueblos indo-europeos conocedores del trabajo de los metales y que venían desde el norte. Entre los años 2.200 y 1.750 A. C., aparece la civilización llamada del "Bronce Medio", influenciada por contactos con muchos otros pueblos que en esa época figuraban en la historia, como Egipto, Caldea, Mesopotamia, etc. En el año 1750 A. C. entran en escena los Hikssos o Hittitas, una nueva migración centro-asiática e indo-europea que, como se sabe, se expandió por toda el Asia y llegó incluso a conquistar el Valle del Nilo estableciendo en Egipto las llamadas Dinastías de los "Reyes Pastores". Larga es la historia de las guerras de los Faraones contra los Hittitas: digamos solamente que al final y bajo la espada vigorosa e inspirada de Thoutmes III los Hikssos fueron barridos del Asia civilizada. Lo que viene después en Fenicia es crónica que pudiéramos llamar reciente: Sargón y los persas, Salomón y los israelitas, Alejandro y los seleucidas, Augusto y los romanos, Bizancio, los sarracenos, los Cruzados, etc. Todo este inmenso e inabarcable conjunto cultural e histórico tiene su centro en Byblos. A la luz de los hallazgos de Pierre Motet, de Maurice Dunand y otros, en este sitio, la historia del Asia está sufriendo un trascendental proceso de revisión. Muchas cosas que aparecían confusas o contradictorias entre los decires de la Biblia, los geroglíficos de Egipto y los cuneiformes de Babilonia, se explican hoy gracias a los hallazgos de Byblos. Desde el punto de vista material y artístico, los tesoros extraídos de las tumbas reales de Byblos (y que pueden contemplarse en las flamantes vitrinas del Museo de Beyrut dirigido por el sabio libanés Alfred Chamoun) resisten fácil comparación con los fabulosos tesoros de Tutankhamón y otras tumbas del "Valle de los Reyes" en Luxor. Entre tantas cosas de indescriptible valor, para nosotros no fué la menos importante la tumba del Rey Hiram, tan vinculado a la historia salomónica y arqueológicamente tan valiosa por contener en su sarcófago la más vieja incripción acaso de escritura alfabética fenicia.

Caminar entre las ruinas de Byblos en esta tarde transparente del verano libanés, es como pasearse a grandes zancadas por sobre los meridianos de la Historia y de la Tradición. Junto a un recio castillo construído por los Cruzados "Templarios", vemos las ruinas de un armonioso anfiteatro griego, y al pie de una bella columna romana encontramos una pesada y hierática estatua faraónica derrumbada. La ciudad está sobre un promontorio que avanza airosamente en el mar y en donde tuvo su asiento la primitiva ciudadela fenicia que defendía —hace ya 5.000 años— la entrada del puerto atestado de barcas de comercio. Es desde una de las ventanas de esta ciudadela, de donde el Rey de Byblos saludaba sonriendo y alzando la mano al bondadoso Wen-Amón, Gran Preste Solar de Egipto venido aquí en misión oficial. Y es aquí donde, para consolarlo de sus desventuras, le ofreció la grata compañía de una de las sacerdotisas del cercano templo y le ofreció libar una espumosa jarra con el zumo de las vides de Siria. Pero, en torno a esta ciudadela —que en el curso de los siglos sería fortaleza griega, romana, cristiana y mahometana— se extendían los diversos barrios de la inmensa ciudad vieja: se han encontrado hasta ahora ruinas de una ciudad fenicia, una ciudad judía, una ciudad griega, romana, etc.,

La púrpura del crepúsculo comienza a inundar con una marejada de sangre —la sangre de Adonis derramada sobre el mar— las praderas azules del cielo y las llanuras de esmeralda del océano. Es hora de regresar y es con pena que nos alejamos de este sitio en que hemos sentido tan cercanos a nosotros no sólo los grandes hombres del pasado sino los dioses mismos primegenios del alba de la humanidad. Aquí fué, si no el primero, uno de los primeros sitios donde cobró formas y vida la noción de una triada celeste: mucho antes que en Egipto y en Mesopotamia sábese que se adoró aquí al Sol como un Dios-padre, a la Tierra como una Diosa-madre y a un Dios-hijo, muerto y resucitado y emblematizado en el disco de la Luna como el Thot egipcio. Esta idea cósmica habría de nacer o "renacer", muchas veces después. Es por esto que Byblos es un santuario. Pero es todavía algo más: como cuna de la escritura y del pensamiento escrito merece más que ningún otro lugar el respeto y gratitud de todos los hombres de buena voluntad. Aunque en esto, muchos habrá que duden, comenzando por el *Phedro* de Platón, pues a la verdad, difícil resulta decir hoy si el libro ha hecho más mal que bien a la Humanidad...

Beyrut, Julio 1948.

"SELECTA"

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA Y SUPERIOR

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

Poetas de Colombia

Por *Juan Pablo ECHAGÜE*

(En el *Rep. Amer.*)

¡Tierra prodigiosa la de Colombia!

Dos mares reflejan la gama de sus múltiples paisajes: lujo tropical en las selvas, eclógica verdura en los valles, inviolada blancura en las cumbres, llanos erizados de rubios pajonales, mesetas de fisonomía lunar, vegas de sonriente lozanía. ¿Cómo no habría de ser fuente de poesía este país favorecido con tanta maravilla natural? Facultad propia de sus hijos es percibir y traducir el recóndito lirismo del suelo nativo. Y por ser tierra de poetas ha dicho alguien que Colombia "se ha librado de la crueldad".

Bajo el signo de esta frase ha colocado Carlos García Prada las páginas de su reciente libro *Estudios hispanoamericanos*, en el cual analiza con singular agudeza y entrañable sentimiento nacional, el sentido de la obra de algunas de las figuras literarias más famosas de su patria. Este penetrante crítico no se detiene en exégesis de estilos ni en modalidades de escuelas: va hasta las raíces de la motivación psicológica cuando estudia la floración del lirismo y pone de resalto la unión del poeta con la entraña cósmica que le dió el ser, le modeló el sentir y alimenta cada día la llama de su genio con hondos acentos de perduración.

Según García Prada, Colombia "subyace" en el alma de cada poeta, y triunfa en las más bellas páginas de sus hombres de letras. Ábrese el libro de este autor con una magnífica descripción de su patria. Para seguir luego sus razonamientos, y apreciar el alcance de sus juicios, fuerza es tener presente en el espíritu una visión del paisaje colombiano, que "desafía los más finos poderes descriptivos del hombre y causa en él impresiones de orden muy diverso, y aun contradictorio". El crítico traza sin embargo, en magistrales páginas, una maravillosa imagen de su tierra.

La crítica de García Prada no sigue las sendas de Taine. "Sin aceptar nosotros —dice— la ingenua tesis positivista que propuso M. Taine... mostraremos sí, que también existen en Colombia, en planos relativamente definidos, varios climas estéticos que hacen inestable y dinámico el genio colombiano. Este interesante fenómeno se puede señalar y comprobar, si se observan los lugares donde nacieron o pasaron su adolescencia nuestros poetas líricos principales, y se relacionan con las poesías en que han expresado sus actitudes vitales; en los valles ardientes nacieron José Eusebio Caro y José Eustasio Rivera; en los templados Diego Fallon, Max Grillo, Ricardo Nieto y Porfirio Barba Jacob; en los tibios Guillermo Valencia y Rafael Maya; en las mesetas frías Rafael Pombo y José Asunción Silva, y en los páramos vivió, de los dos a los veinte años, Germán Pardo García".

He aquí pues, que el genio lírico de Colombia canta en los labios de todos los citados poetas, con el acento multiforme de sus paisajes, y si Rivera es el "dramático colorista" de la selva, y Silva "la meseta fría del Ande, donde el tedio es gracia alada e ironía fina y trascendente", o Pardo García "el páramo escueto" y desolado, o Pombo "el paisaje entero de Colombia, con sus climas geográficos y poéticos", cabe todavía una inmensa dosis de individualismo irreductible, de "yo" rebelde en cada uno de estos intérpretes de la tierra materna. Y a ese estudio personal, íntimo y revelador consagra García Prada las páginas dedicadas a cada poeta.

Destácanse entre ellas por sus claros enfoques las que analizan la obra lírica de José Asunción Silva y de José Eustasio Rivera, poeta este último que vió la luz en la embrujada atmósfera del valle tropical de Neiva. José Asunción Silva es el hombre de la sabana de Bogotá, meseta solitaria y yerma casi siempre, cual si se hubiesen sembrado en ella cenizas seculares de muertas civilizaciones aborígenes antaño florecidas en ella. País melancólico, espiritualizado su pausado vivir, bajo cielos pálidos y follajes transidos. No hay colores vivos en este mundo de las alturas andinas —nos dirá el crítico—. "Allí todo se entumece entre gasas impalpables de gris melancolía..." Silva, nacido en Bogotá, de continuo entregado a la inefable voluptuosidad del recuerdo en la ciudad ensimismada... es el fino cantor de intimidades melancólicas y nostálgicas, con cierto escepticismo que también parece haber sembrado de cenizas su corazón. Nadie como él ha visto, con la mirada que hará luego revivir la imagen, el cuadro de su ciudad natal nebulosa y aterida:

La luz vaga... opacó el día...
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta
[y fría;
Por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
Un opaco velo, de letal melancolía,
Y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete
[y se recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera
[sombría...

Afirma García Prada, que si bien pueden descubrirse reminiscencias de Poe en estos versos, jamás su contenido estétcio, indisolublemente unido a su paisaje, se concebirá como un fruto de imitación; del mismo modo que en el famoso *Nocturno* de Silva, late el misterio de las noches sabaneras.

Rivera, el hombre de los pajonales ardientes y de las selvas híspidas, expresó su visión "trágicamente bella de la vida y de las cosas", en versos estremecidos:

Soy un grávido río, y a la luz meridiana
Ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;
Y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje
Se oye la voz solemne de la selva lejana.
Flota el sol entre el nimbo de mi espuma
[liviana;
Y peinando en los vientos el sonoro plumaje,
En las tardes un águila triunfadora y salvaje
Vuela sobre mis tumbos encendidos en grana..."

Más tarde, en *La Vorágine*, el poeta de *Tierra de Promisión*, ha de expresar la soberbia belleza del paisaje materno, con la bárbara grandeza que él reclama.

Mas, distinto de ambos por la índole de su inspiración y por su posición frente a la vida, es sin duda Luis Carlos López, el pintoresco y célebre "tuerto López" que nació a la sombra de viejas piedras venerables en aquella Cartagena de Indias "en cuyo ambiente aristocrático antes y severo, ahora rancio, satisfecho y zumbón", vive el pasado señorial en inesperada camaradería con el abigarrado presente, entre jocundos colores del trópico, esplendor de flores, verdín de ruinosas fortalelezas virreynales, ajetreos de puerto y picaresco discurrir de la vida por las calles. López es el poeta de chispeante ingenio popular, atento siempre "al alegre cascabeleo de la vida" desenfadado a ratos pero amable siempre, cáustico en ocasiones, pero tierno y sencillo, sin que lo agiten nunca las metafísicas ni los dramas de la conciencia. Poeta de la gracia picante y de los giros inesperados, en quien no halla cabida la melancolía ni siquiera cuando confiesa:

¡Ay!, mis rosas...
Me las comí hace tiempo en ensalada...

De este poeta socarrón que ríe libremente y sonríe con sabia finura a su capricho, dijo cierta vez Sanín Cano que poseía en realidad "una alma desvelada y llena de piedad comunicativa", y a fe que merece tal juicio quien así dulcifica con alegres ritmos las pequeñas miserias de la vida.

Tan distante de Luis Carlos López como lo está el alucinante Páramo del Verdón de la pintoresca Cartagena, se encuentra Germán Pardo García, poeta tremante de angustias, que en la soledad y por la soledad entonó sus pulidos cánticos. Admirables páginas por cierto las del estudio de García Prada, sobre la estrofa desasida de todo lo trivial, con que este poeta colombiano va ganando su clara jerarquía en el mundo literario de América. Enfoca el crítico al "poeta de la soledad" a la luz de sutiles reflexiones sobre la soledad misma en concepto español, y en el de la *saudade* lusitana, haciendo entroncar el cantar del lírico de Colombia con el inagotable fontanar hispano recibido en herencia por la raza; pero sin desvincularlo tampoco de aquellos páramos de su tierra natal, "mesetas onduladas y hue-

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

cas donde soplan los vientos del pavor y la muerte". Poeta ajeno a lo superficial y terreno, enfrentado a la angustia metafísica, rendido a la majestad de la muerte y orientado ya por las sendas de un hondo misticismo, alienta en el alma de Germán Pardo García la más pura y misteriosa efusión lírica. Batallan en su alma "los dos ejércitos oscuros" a que alude en su estrofa, y en ese choque,

Crece la angustia, y crece
la soledad, y la escarcha
cubre estandartes vencidos
y humillaciones sin lágrimas...

Drama íntimo que presagia sin duda más bellas estrofas.

En cuanto a Guillermo Valencia, aquel a quien llamó Sanín Cano "un poeta que tiene la frente en llamas y los pies en el lodo", para "verlo, sentirlo y adivinarlo todo", es, según García Prada "el clásico poeta de Popayán, y encarna como tal, el espíritu mismo de la hispanidad, otrora guerrera, mártir, espiritualista y católica y ahora... cerebral".

Valencia ha traído consigo un acendrado sentimiento de lo tradicional y solariego, que se alza inequívoco por sobre las creaciones de la fantasía o sobre las búsquedas inquietas del lírico. Popayán es ciudad de fuerte raigambre hispana en Colombia; ciudad que sobre las tierras altas de Pubenza fundara hace cuatro siglos Sebastián de Benalcázar, y que guarda todavía el señorial empaque de antaño, entre las copas airosas de sus robledales, bajo un cielo de luz. Antiguo historial caballeresco y linaje de ilustres varones proyectan larga estela de luchas fecundas, de fundaciones de cultura y de empeño civilizador que la ciudad generosa ha dejado en la vida toda de Colombia. En esta ciudad que amorosamente guarda sus viejos blasones, y en la cual se aduerme un pasado más bello que el presente, Guillermo Valencia nació a la sombra de hogar hidalgo, unidas en él, con fuerte lazo, la vena hispana del origen y la vaga melancolía crepuscular de su tierra. Simbolista y moderno, cosmopolita y exquisito puede mostrarse Valencia en sus poesías, pero en la esencia de su verso es la vida y el alma de Popayán, española y americana, hazañosa y señorial, la que palpita en ritmos y en matices. Y en el fondo, Valencia es siempre aquel que a sí mismo se retrata con estos versos:

Es ésta la doliente y escuálida figura
de un ser que hizo en treinta años mayores
[desatinos
que el mismo don Alonso Quijano, sin molinos,
de viento, ni batanes, ni bachiller ni cura.

Que por huir del vulgo, corrió tras la aventura
del ideal, y avaro lector de pergaminos
dedujo de lo estéril de todos los destinos
humanos, el horóscopo de su mala ventura...

Núcleo de la raza, esta rebeldía angustiada y esta sed de ideal, y este sendero de generosos desatinos, mejor lo definen que las sutiles glosas de escuelas y de estéticas.

Así aparecen en el libro de García Prada climas y paisajes de Colombia, la hermosa tierra que en dos mares se contempla. Climas y paisajes traducidos en el verso de aquellos que mejor supieron escuchar y comprender sus latidos, y que en Gregorio Gutiérrez y González, "Virgilio colombiano", poeta del pueblo enlazado a la tierra nutricia, alcanzan expresión consagrada de *criollismo* integral. Poetas de Colombia: voces y ritmos que modulan el himno de las selvas intrincadas y de los ríos luminosos, de las cumbres soberanas y de los llanos ardientes, de las frías mesetas y de los valles tibios; múltiple armonía de una naturaleza espléndida que infiltra en el alma de los hombres el amor a su belleza, la adhesión a su propio destino y el anhelo de cantarla en la estrofa alada; tierra de poetas, hermosa e inspiradora como una musa, amada como una novia, proyectada hacia el porvenir como bella promesa de humanidad.

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

Cuartillas

de *Juan José* CARAZO

(En el *Rep. Amer.*)

ALTA FILOSOFIA

Escuchando los anuncios de la radio me causa sorpresa enorme el siguiente.

Se trata de un soldado que no puede hacer los ejercicios por un fuerte dolor que le aqueja y habla al sargento.

Este, me lo imagino "cuadrado", le advierte, con voz tonante:

"Cuando quiera decirme algo... guarde silencio!"

¿Y entonces?

Pues si algo tienes que decir, si alguna queja está pugnando por convertirse en palabras, si es os azota u oprime y necesitas, como necesidad fisiológica decirlo... guarda silencio!

Y pareciera que tan pueril anécdota se hubiera convertido, por razón fulgurante del sable filoso o de la 45 o... la atómica, en alta filosofía de gobierno.

¡Guarda silencio!

Y si algo tienes que decir, guárdatelo... pues es prohibido externar inconformidades o males.

Y cuando ningún hombre pueda decir lo que debe o necesita... habrá en el mundo libertad de desesperar o de morir y la paz profunda y sagrada paz de Camposanto habrá ya florecido.

¡Bendito sea Dios!

SI LOS PERROS HABLARAN

(Estrictamente histórico).

En un país de Centro América, que por dicha no es Costa Rica, pude sentir esa tristeza inexplicable que se produce cuando uno comprende que todo se lo ha llevado el Diablo.

Un buen día me encuentro en el periódico una nota, más o menos así:

"Doy respetuosamente las gracias al Excelentísimo por haber ordenado el pago de nuestros sueldos del mes anterior". Firmaba un maestro y era, en fecha, como el 10 del mes siguiente.

Y como perro que lame humildemente la mano que tuvo la bondad de extenderle un pedazo de pan, aquel maestro, aquellos maestros de una "democracia" agradecían al Supremo Dador que se acordara de ellos y los tratara... como a dignos maestros de una democracia orgullosa de la dignidad humana.

ASI ERAN ANTES

Vienen a mi mente, desde la lejanía del 1925, dos anécdotas de un pasado luminoso y siempre actual.

Gobernaba a Costa Rica don Ricardo.

Era Superior de los Salesianos el Padre

Soldatti, todo dinamismo y comprensión.

Fuí una vez a visitar los talleres y comprendí que, dogmatismos aparte, era de gran importancia para la juventud pobre ese colegio y que mi deber era ayudarlo. Les facilité semillas y herramientas y ofrecí al Padre Soldatti ayudarl para hacer labor agrícola en su plantel.

Don Ricardo resolvió que el Estado debía conceder becas en ese colegio y propuso al Congreso la ley correspondiente.

Se desató una tempestad, por la prensa, en contra del "viejo liberal que abandonaba sus doctrinas".

Don Ricardo, un día en que hablamos de los ataques, me dijo dos cosas que nunca olvido:

"Si el liberalismo necesita del permanente apoyo del gobierno para subsistir, eso prueba que carece de la fuerza necesaria para crecer y que no debemos imponerlo".

En cuanto a los ataques que se me hacen por la Prensa o en el Congreso, los considero necesarios y útiles y *no seré yo quien se atreva a silenciar a la opinión pública.*

Esos son escapes, como de la válvula de seguridad de las calderas, que impiden que estallen.

Por allí sale el peligro sin otras consecuencias que obligar al gobernante a ponerse de acuerdo con su Pueblo, lo cual es su deber.

Ah, ¡viejos aquellos!

—

Esta otra tuvo como escenario La Habana.

Necesitaba llegar a cierta hora exactamente a la casa de Enrique José Varona y salí con un compañero pero equivocamos el camino.

Al llegar a cierto lugar, desorientados y preocupados, nos salió al frente un hombre, obrero al parecer con su cabeza cubierta con una gorra.

Le preguntamos:

"¿No es por aquí por donde vive don Enrique José Varona?"

Al escuchar ese nombre el trabajador se quedó mirándonos, y como quien duda, nos dijo:

—¿El filósofo?

Pero antes de decirlo se descubrió en un gesto del más profundo respeto.

Nos informó detalladamente y al estar en presencia de Varona, blancos sus cabellos, blancon sus vestidos y luminosa aquella mirada, no pudimos menos que exclamar: Dichosos son los Pueblos que comprenden el valor de sus hombres y los respetan y siguen... aunque sean ancianos de blanca cabellera como era Varona entonces!!

LUCES DE COLORES?

Como cosas de un pasado grato, por su sabor de juventud, recuerdo aquellos juegos pirotécnicos en que, por primera vez vimos en Costa Rica "los cohetes de luces de colores".

Los asistentes ante tan grato como novedoso espectáculo, se quedaban admirados y algunos boquiabiertos.

Muy pronto se dieron cuenta, los amigos de dineros ajenos, de la oportunidad única que se les presentaba.

Allá en la noche, cuando estallaba en las alturas el cohete y la lluvia de bolitas, rojas, azules, verdes y amarillas se iniciaba, se escuchaba en la plaza un Ah, ah, ah!,... prolongado y sonoro.

Boquiabiertos los inocentes levantaban sus miradas y abrían tamañas bocas...

Era entonces cuando los carteristas con destreza y con seguridad, iban sacando los dineros, los relojes... todo de los bolsillos de tanto babieca!

Y atraídos por las lucecitas de colores, inocentes y confiados, se dejaban despojar!

Y no es cuento, ni exageración; para despojar impunemente a los pueblos no hay nada mejor que hacerlos levantar las miradas a las nubes para que embobados contemplen... las luces de colores!

A LOS AMIGOS... TIRARSELOS

Amarga lección pero... lección al fin!

Hace unos años, en lucha abierta con la pobreza, como siempre, contaba a un amigo algunas dificultades.

El, con filosofía teutona, después de escucharme, me dijo: La culpa es tuya pues trabajas y no cobras suficiente por tu labor.

Yo, sorprendido, le repuse que "no podía explotar a los amigos pues yo creía que la amistad implicaba consideración para ellos".

"No, me dijo, esa es una verdadera equivocación y te lo demostraré".

Los que te buscan para que les sirvas son, es de presumir, amigos y es a ellos a quienes debes cobrarles en forma "que tu trabajo te proporcione los medios adecuados de vida".

Mi padre decía: A los amigos hay que tirárselos porque... porque los enemigos no se dejan!

Y allí tenemos la explicación en filosofía rubia y ojos azulescos de tanta cosa que a veces nos sorprende, nos confunde, nos deja meditando.

Pues es claro: al que está cerca, confiado y sin sospechas es al que debes ultimar... como harían los tigres a los mastodontes.

Y parece que esta es la dulce filosofía de la Humanidad actual.

EL TIGRE... ERA UNA GUATUZA!!

Allá por los años del 10 al 14 era quien esto escribe un "cazador".

Había tigres en la finca y un cazador de verdad se proponía adiestrarme.

Una noche, oscura y llena de ruidos selváticos, salimos a cazar el tigre, que por esos días hacía daños en la hacienda.

Silenciososos, listos... como corresponde a cazadores de fieras, íbamos...

De pronto el maestro se preparó, me indicó silencio... apuntó a un bulto que muy sigilosamente se movía en la rama de un árbol y... pum! pum!

La víctima cayó haciendo ruido en las hojarascas.

Corrimos, temblando de emoción y ...era una guatuza!!

Más de una vez he comprobado que la fiera... era una guatuza, una humilde y plebeya guatuza!

Costa Rica. Marzo de 1949.

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

Si le interesa el
Repertorio Americano
pídale la suscrición a
The American News Company, Inc.
131 Varick Street
New York 13, N. Y., U. S. A.

La valoración ética en la interpretación de los problemas de la Humanidad

(En *La Prensa* de Buenos Aires. Septiembre 2 de 1948).

Como lo hace todos los años para esta fecha, la Fundación Rockefeller ha distribuído su revista anual, en la que expone las actividades de la institución durante el año 1947, y formula reflexiones acerca de los problemas fundamentales que debió resolver en aquel período.

Durante el año 1947, la Fundación Rockefeller destinó, para el cumplimiento de su misión, la cantidad de 23.413.615 dólares, que es la suma más elevada distribuída en un período de 12 meses, en los 35 años que la entidad tiene de existencia. Durante el mismo período, la renta de la fundación fué de .... 10:011.756 dólares, y los ingresos se completaron con 221.431 dólares que quedaron como remanente del año anterior, con 876.448 dólares procedentes de caducidad y devoluciones de subsidios otorgados en años anteriores, y con una transferencia de 20.000.000 de dólares procedentes del fondo principal. Es de hacer notar que el estatuto de la fundación autoriza a los albaceas a gastar la renta y el capital de la institución de la manera que a juicio de ellos sirva mejor a los fines de la entidad.

Reproducimos esos datos para que se advierta que en el año 1947 la Fundación Rockefeller tuvo que afrontar compromisos y satisfacer necesidades muy superiores a lo que hubiera podido cumplir con sus rentas y que no obstante ello no vaciló en hacerlo, recurriendo a sus fondos de reserva. El 39 por ciento de las sumas asignadas se destinó a trabajos efectuados en Estados Unidos y el 61 por ciento a otros países. Sólo la comisión médica de la

China recibió 10 millones de dólares para ejecutar el programa que tiene trazado en el Lejano Oriente.

Interesa saber el criterio con que se otorgaron aquellas sumas. Los fondos de la Fundación Rockefeller suelen distribuirse en cinco ramas fundamentales: salud pública, ciencias médicas, ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades. En el año 1947, el aporte mayor —3.000.000 de dólares— lo recibieron las ciencias sociales.

El comentario con que se justifica esa conducta en el folleto a que hemos hecho referencia, contiene conceptos dignos de reflexión. En Estados Unidos de América se ha puesto el mayor empeño en elevar el nivel material de vida y se ha conseguido aumentar la capacidad de producción y de consumo a límites que no se habían alcanzado hasta ahora en otros países del mundo. Pero el resultado ha sido que las medidas de comparación se circunscribieron a las cantidades, con desmedro de otros valores que son, por lo menos, igualmente necesarios para la supervivencia de la sociedad humana, y olvidando que "el poder adquisitivo no es la medida de la grandeza de una sociedad, y que la sabiduría y los valores culturales no son consecuencias forzosas de una aumentada capacidad de consumo".

Por otra parte, se ha valorado de manera demasiado exclusiva la función trascendental de las ciencias físicas y matemáticas para el porvenir de la humanidad, y las instituciones educativas dedican hoy más que nunca sumas mucho mayores a las ciencias físicas que a los estudios sociales. Con la proclama de que éste es "el siglo de la ciencia", los estudios sobre temas sociales y de cultura general han ido quedando muy atrás de las ciencias físicas, lo que va modificando profundamente la actitud de los hombres y de los pueblos frente a sus propios íntimos problemas. La Fundación Rockefeller señala el peligro: "No podemos eludir, en esta era científica —afirma— la obligación de comprender la ciencia; pero la física, la química y la ingeniería no tienen respuestas para el interrogante supremo que encara nuestra generación"; y más adelante: "Los problemas de nuestro tiempo y del destino humano serán resueltos, no al nivel del plano físico, sino del ético y del social", porque el poder material, el dinero y el predominio militar podrán preservar a los pueblos por un tiempo, pero sólo la sabiduría moral y social puede aliviar las tensiones dinámicas de la sociedad.

De esa manera justifica la institución de las ciencias sociales. Su actitud significa una reacción en contra del materialismo avasallador de la post-guerra, y un llamado de atención a los espíritus sometidos al servicio reverencial de las ciencias físicas, que no advierten que éstas difícilmente podrán iluminar el camino hacia los ideales humanos de paz y solidaridad.

En la misma revista se analizan las aspiraciones inmediatas de la humanidad. Las comprobaciones hechas por los representantes de la fundación en todo el mundo demuestran que todos los pueblos están dominados por un deseo apasionado de paz, de seguridad y de una vida mejor. "Buscan un mundo en el cual los hombres puedan crecer en fuerza y dignidad. No quieren un mundo en el cual la guerra periódicamente desgarre en pedazos la brillante promesa del futuro". Esta generación, pues, tiene la misión trascendental de descubrir los intereses comunes de los hombres, el terreno de la posible colaboración, los puntos de contacto donde puedan fraguarse la unidad y combinarse las ideas y experiencias. La unidad esencial de los intereses humanos es la única puerta abierta para la paz, y hay que luchar por ella, a pesar de las enormes dificultades que surjan en el camino, porque la verdad es que no se puede hacer otra cosa: "No hay más alternativa a largo plazo. O, más bien, la única alternativa implica un precio en términos de un desastre cósmico que el mundo no consentirá en pagar, a menos que se vea anonadado por una locura gigantesca".

Finalmente, queremos subrayar la opinión de la Fundación Rockefeller acerca de las necesidades que actualmente experimentan los países europeos destrozados por la guerra, en materia de actividad científica y cultural. Los requerimientos de edificios, libros, periódicos y equipos son tan extraordinarios, que los 5.000.000 de dólares destinados en los últimos años por la fundación para ese objeto, son una cantidad verdaderamente exigua, "pues la necesidad es tan universal, tan anonadante, que sólo puede ser satisfecha por los gobiernos y las organizaciones internacionales". La situación se ha complicado por la crisis cada vez más profunda en las relaciones monetarias internacionales, y así ha comenzado a descender sobre el mundo una niebla intelectual cada vez más densa y asfixiante.

La fundación destaca los siguientes postulados: la salud de la vida intelectual del mundo depende del intercambio libre y sin trabas de ideas y de personal entre las universidades e instituciones científicas de todos los países; el espíritu creador del hombre no puede ser localizado ni nacionalizado; las ideas sufren de hambre cuando se las cerca detrás de una frontera, y la investigación efectuada detrás de barricadas a la larga sólo puede terminar en el estancamiento intelectual. Por lo mismo, el aislamiento de los hombres de ciencia y de los estudiosos en la Europa Oriental es una plaga que conspira contra el adelanto intelectual de la humanidad.

Por razones de su propia capacidad económica, de los fines que motivaron su existencia, de la obra progresista e impulsora que viene realizando desde hace 35 años, la Fundación Rockefeller tiene prestigio universal y agrupa en su seno a estudiosos eminentes. ¿Podría menospreciarse la importancia de una opinión de tan noble origen, cuando se la formula con la esperanza de contribuir a la solución de los problemas fundamentales que actualmente enfrenta la humanidad? Los conceptos que hemos glosado merecen difundirse, para que induzcan a la reflexión a los hombres de todas las esferas sociales, de todos los oficios, de todos los ideales y de todas las creencias, pues de los motivos comunes de meditación puede resultar la coincidencia de voluntades, tan necesaria para el mundo en esta hora.

Sonetos elegiacos

(En el *Rep. Amer.*)

I

A un volumen de mi biblioteca que presté impecable y me fué devuelto lleno de desgarraduras y manchas.

¿Por qué, amigo, retornas tan cambiado?
Mimado ayer, vuelves ajado y mustio.
¿Tengo razón o no, cuando me angustio
si un libro mío parte de mi lado?

Se os ha de usar con próvido cuidado.
Se os ha de hacer sitio en que estéis a gusto
(del fárrago de hoy, lejos, Salustio;
pero al par de lo nuevo y depurado).

La mano os tomará leve, no brusca;
con solícito afán, númenes buenos
del soñador que claridades busca.

—¿Cómo ese deterioro, ese castigo?
Cúlpame de sufrir tratos ajenos,
oh tú, sensible y cautivante amigo.

II

A un libro dilecto que desde hace años no se me restituye.

¡Cuán me era dado recorrer sin guía
el lucífero mundo que atesoras;
signar, ungir de eternidad mis horas
en la surgente que de ti nacía!

Ya a tu grávida voz sumé la mía,
ya divagué... Tus márgenes honoras
con apretadas letras probadoras
de una amistad, fiel amistad. ¿Y hoy día?

¿Sueños suscitas, gracia, éxtasis puro?
¿Arrinconado en un desván oscuro
yaces tal vez, descabalado y yerto?

Eres zozobra en mí como el hermano
partido, ha tiempos, a un país lejano
donde acaso triunfa o está muerto.

III

A un breviario lírico que amé mucho, cayó en malas manos y perdí para siempre.

Perdón por el doblez que te desluce;
no fuí cruel: lo hice al guardarte aprisa;
perdón por el borrón que exterioriza
el celo escaso que en cuidarte puse.

Perdón por ciertas glosas que compuse
donde hubo claros. Tu bondad sumisa
acogió con benévola sonrisa
lo que junto a lo excelso apenas luce.

Aunque otra copia del egregio libro
logre mi anhelo, no ha de ser aquella
con la que plena y totalmente vibro.

Misterio y luz... hechizo ondeante y vario...
Ignoro si he perdido encanto y huella
de una exquisita novia o de un poemario.

Julio GARET MAS.

Montevideo, Marzo de 1949.

¡Que viene Don Quijote!

Por *Pedro GARFIAS*

(En el Suplemento de *El Nacional* de México, D. F.)

Ni el Eclesiastés, ni el Kempis,
ni el Infierno de Alighieri,
libros tan tristes son como el que tú escribiste,
Don Miguel de Cervantes.
Permite que levante mi palabra
como una humilde copa, en tu loor.

¡Maestro!
Padre de mi lenguaje,
rector de mis ideas,
alimento celeste de mis sueños,
pastor de mis tristezas;
tú sí, Señor de España y mil veces Señor,
oye mi voz, allí donde tú estés,
lisiado y pobre,
veterano de todas las desdichas,
huésped de toda cárcel,
tú el más noble de todos,
buen esposo y buen padre,
militar y poeta y funcionario probo,
y el genio de más alas que conoció la tierra,
a quien sólo los hombres dieron penas,
lluvia de llanto el cielo,
frío de espina los caminos largos...
Que quiero ver tu barba temblorosa
y tus ojos de fiebre enternecidos,
tan claros y suaves
de verlo todo y comprenderlo todo.

Tú sí, español de cumbre,
castellano de acero,
ven acá, buen amigo,
que tú nunca supiste de adulación torcida:
Reina el dolor y la injusticia reina
en el mundo que tú nos descubriste.
La fuente de tus ojos, nunca exhausta,
sigue fluyendo por los ojos míos
y por los ojos de mis semejantes.
Todo el mundo es la Mancha
y un silencio de polvo
cae sobre el corazón, pesadamente.

¿Qué oigo? Un sonar de cascos,
una "parla de arroyo",
una sentencia aguda,
una frase a la luz, como una flecha.

Es Don Quijote, tu Quijote, hermano,
y el mío y el de España y el del mundo.
Y el fiel y noble Sancho sobre Rucio a su vera,
y Rocinante caracoleando,
y en el brazo la lanza,
y al viento el corazón, no la coraza,
y la frente a los cielos con yelmo de cartón.

Señor, Señor de todos, ¿se hará el milagro [ahora?
Que los gigantes, de verdad gigantes,
caigan a tierra como espigas rotas.
Que las princesas, de verdad princesas,
sean rescatadas de las zafias manos.

Libertad para el preso,
justicia para el pobre,
respeto para el loco,
para el gobernador honrado, ínsulas,
y palabras de miel y aros de sol
para la dulce, dulce Dulcinea.

La ancha risa a los campos
y el dolor en la entraña.
Si en la tierra el tropiezo
el ideal arriba, más arriba,
¡que viene Don Quijote y va hacia Dios!

ALLA ADENTRO

II

La Forma y el Límite

Por *Rafael CARDONA*

(En *La Prensa* de México, D. F. Envío del autor).

De la Teoría de las Ideas, de Platón, debía pasarse forzosamente al empleo de las energías que representan. Este problema de la Forma de las Funciones ha sido material de innumerables estudios, desde que Aristóteles, descontento del quietismo filosófico y la contemplación, decidió trasladar al campo de la exploración neutral y la práctica toda la concentración de las relaciones de la forma. Se han ocupado de ellas los neoplatónicos, los cabalistas medioevales y finalmente los filósofos modernos; los que más han conocido la angustia de los límites en que se mueve toda la aspiración humana de plenitud, de sabiduría y de paz.

Por consiguiente, puede marcarse un límite muy neto entre las culturas antiguas y el aristotelismo. La cultura realmente antigua es comprensión pura y grávida del Sér: una "vivencia" del sujeto pensante. Y se explica que esta actitud quietista correspondiera a la forma de la estática de las formas, como simples relaciones del pensamiento, pero no como potencias dinámicas. Que las formas son potencias en sí mismas (como en los números vivientes de Pitágoras) no cabe duda. Pero a un hombre antiguo no se le habría ocurrido ponerlas en acción práctica, es decir, destruirlas en razón de una funcionalidad dinámica como lo vemos en nuestro tiempo. Cuando Aristóteles aparece, la cultura antigua entre en decadencia, y en el lugar de la antigua plástica inmovilista vemos aparecer por todas partes una dinamización de la cultura practicista, tanto en la estatuaria como en la mecánica aplicada. A las viejas estatuas del templo antiguo suceden las de los atletas, cuyos mármoles empiezan a moverse en la actitud del corredor, del púgil o del lanzador del disco. Es la época de Pérgano y la de los armadores navieros de Corinto, que desde el clásico siglo de Pericles comenzaban a montar una civilización con sus industrias cerámicas, o algo después.

El paso de la cultura formal (contemplativa, inmovilista, adentrada en la exploración de un tipo de sabiduría subjetivo) a la civilización dinámica puede ser revelado con este simple ejemplo: el hombre del santuario, de tipo religioso, mira las formas como expresión plena. En ellas se complace, establece sus relaciones con otras y sus significados morfogenéticos; pero *no las destruye*. El dinamista de la civilización le responderá al quietista, con muy buen sentido, que una vela es precisamente una vela cuando arde, o sea cuando entra en función práctica. Pero el quietista le responderá a su adversario que como la función destruye la forma, la utilidad de quemar la vela sólo es realista mientras ésta arde; una vez agotada, ya no es vela. Es claro que no se trata aquí de una negación absoluta, pues formas y funciones se corresponden en el Universo, y el quietismo puro sólo puede ser reservado para grupos cuya finalidad es muy diferente de las necesidades propiamente sociales.

El mismo problema se ha propuesto la dinámica moderna, emplazada totalmente en el pensamiento aristotélico: nosotros vivimos consumiendo las formas —y no sólo las materiales— en un torbellino de dinamización que está agotando el ciclo de las reservas concebibles, puesto que "las costumbres" y la "psicología profunda" están desapareciendo rápidamente dentro de esa luz autógena de la dinámica contemporánea. Y ninguna estructura sólida puede sostenerse sin una materia "inerte" (en el sentido de la regulación física) que sirva de medio incombustible a los elementos echados en el procedimiento mental de la era moderna.

De allí ese desasosiego de las civilizaciones presentes, que no encuentran asidero alguno en medio del eterno cambio. Este es el primer indicio de la angustiosa profecía de Aristóteles, inventor de un método de exploración al que posiblemente tuvo horror después. Y luego veremos cómo esta tragedia pasa a nuestros días, en una forma filosófica que no ha tenido solución.

ANTONIO URBANO M.
"EL GREMIO"
TELEFONO 2157
APARTADO 480
Almacén de Abarrotes
al por mayor
San José — Costa Rica

Adam Mickiewicz

EL 150 ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

(Envío de *Información Cultural de Polonia*, en México, D. F.)

"Las desgracias de Polonia han sido demasiado intensas para que sus hijos se diviertan con fuegos de artificio literario".

"Mezclados en la vida política, más que como gobernantes, como mártires, los grandes poetas polacos han sufrido y luchado, no para ellos mismos solamente, sino para millones de hombres. Esto es lo que crea la superioridad de la poesía polaca".

Mickiewicz, que llega a ser el poeta-profeta de Polonia en el siglo XIX; el que sostiene a su patria en sus torturas y le asigna el papel de Cristo de las Naciones, es originario de Lituania, como otros muchos patriotas polacos: Kosciusko, Pilsudski..., pues antes de las intrigas germano-rusas de comienzo del siglo XX, Polonia y Lituania formaban una sola nación, unidas por el corazón como por la cultura.

El poeta nació en 1798, cuando el tercer reparto había consumado el desmembramiento de Polonia, sin que por esto se interrumpiera la resistencia nacional. Mickiewicz era hijo de una familia noble, pero pobre, y creció en la tranquila ciudad de Nowogrodeh, en donde conoció la vida de los hidalgos arruinados y de los campesinos, y asimiló las tradiciones populares. Presenció el paso de los ejércitos de Napoleón hacia Moscú y fué testigo, poco después, de su retirada.

A los 17 años, Mickiewicz se trasladó a Vilno para estudiar en la Universidad. Esta "Atenas del Norte" comenzaba entonces a padecer duramente el yugo ruso. Con la esperanza de libertarse algún día, ciertos estudiantes, entre ellos el joven Adam, constituyeron una *Sociedad Filomática* con el objeto de levantar el alma polaca. De esta sociedad científica nacieron otras de carácter más sentimental, como la determinada *Philaretes*. Pero un incidente escolar llamó la atención de los opresores sobre estas sociedades patrióticas secretas, y escolares y estudiantes fueron encarcelados, torturados, condenados a las penitenciarías siberianas.

La brillante vida intelectual de Vilno fué sofocada por un régimen de terror. Adam Mickiewicz, arrestado y encarcelado, fué desterrado en 1894 de su amada patria, a la cual nunca pudo volver.

Durante su estancia en Vilno, Mickiewicz había adquirido conocimientos enciclopédicos, así como la disciplina del pensamiento: la *Sociedad Filomática* le había dado también una cierta experiencia de la vida social, así como un ardiente deseo de servir a su patria y a la humanidad. El poeta había traducido a Voltaire y a Byron como ejercicio y pasatiempo, y editado las *Baladas y Romances* inspirados en baladas populares. Un amor desgraciado por la joven hermana de uno de sus amigos, compañero de esclera, Maryla Werescozakowna, lo sumió en la desesperación. De tanta pasión patriótica, de su desgarramiento amoroso, de su dominio de la lengua polaca y de su sentido de lo popular lituano, surgió su obra *Antepasados* que, aunque incompleta, extraña y magnífica, está considerada como de primer orden entre las obras maestras del romanticismo.

El poeta permaneció desterrado en Rusia durante cuatro años, aunque muy bien acogido por la alta sociedad rusa, que admiraba su genio. La obra principal de este período fué su *Conrad Wallenrod* del cual la censura zarista no entendió nada y lo dejó imprimir, tal vez porque la acción se desarrolla en la Lituania de la Edad Media. En realidad, aquel áspero poema planteaba un problema primordial para los polacos perseguidos: ¿Es lícito utilizar contra la opresión todos los medios, incluso la traición?

Adam Mickiewicz

A partir de 1829, el desterrado vagó por Alemania e Italia y fijó por fin su residencia en París, en donde se convirtió rápidamente en el jefe espiritual de los proscritos, para los cuales escribió el *Libro de los Peregrinos Polacos*. Trabó amistad y se ligó íntimamente con otro polaco, Abdre Tomiañaki, y guiado por este espíritu iluminado, abrazó la doctrina del mesianismo: Polonia debía llegar mediante la aceptación de sus sufrimientos, a una altura moral capaz para redimir las culpas de todos los pueblos; así los liberaría de la opresión o de su servidumbre a los bajos intereses. Por medio de Polonia, llegaría sobre la tierra el reino de la fraternidad. Estas sublimes concepciones infundieron a los desgraciados polacos la energía de vivir y de esperar contra toda esperanza.

También en París, convertida en capital de la Polonia sojuzgada, Mickiewicz compuso *Monsieur Thadeé*, epopeya en doce cartas, monumento literario sin precedente, que relata las querellas semi-burlescas, semi-trágicas de los hidalgos lituanos arruinados en la atmósfera cargada de tormenta y de alegría del año 1812, cuando Polonia se estremecía en espera del que creía su libertador, Napoleón.

Desde entonces, Mickiewicz, absorbido por la acción, no escribió ya obras importantes. Aceptó una cátedra de lengua y literatura eslavas en el Colegio de Francia, con objeto de poder tratar la cuestión polaca a la faz de las naciones, que por su indiferencia o pusilanimidad permitían que culminara la obra infame de los repartos. El poeta se consideró también como el encargado de relacionar intelectualmente a la Europa occidental con el mundo eslavo. Los cursos que dictó, surgidos de su inspiración genial, conmovieron profundamente a sus oyentes. En ellos contraponía las altas aspiraciones de la nación polaca, a la inercia del pueblo ruso. Bien pronto el gobierno los probibió a la vez que los de Michelet y de Quinet, amigos del poeta polaco.

Al advenimiento de Pío IX, Mickiewicz se trasladó a Roma, en donde obtuvo una audiencia del Papa, a quien quiso atraer a la causa polaca, e intentó organizar unas legiones polacas para ayudar a Italia a liberarse de Austria.

Pero su plan, poderosamente razonado, fracasó ante las intrigas de los principados italianos.

Cuando estalló la guerra de Crimea, se le presentó otra ocasión para luchar contra los tiranos de Polonia, pues los polacos iban a tener su ejército combatiendo al lado del de Francia, Mickiewicz se trasladó a Constantinopla, pero apenas llegado allí sus vastos proyectos, las inmensas esperanzas que encarnaba fueron reducidos a la nada por la muerte del poeta acaecida el 26 de noviembre de 1855.

Sus restos, inhumados en el cementerio de Montmorency, la necrópoli de los proscritos polacos, fueron trasladados en 1890, al Wawel, en Cracovia, y depositados cerca de los del príncipe José Poniatowski y de Tadeo Kosciuszko, en una ceremonia que reunió a grandes multitudes.

Mickiewicz fué no sólo una gloria de Polonia, sino la encarnación de su patria misma en su lucha indudable.

(Sacadas de *Pages de Choises*, publicadas en 1927).

MILOSZ, poeta del amor

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

(En *El Nacional* de Caracas. Abril 13 de 1947).

ENTRE LOS HOMBRES Y LOS GORRIONES

En Lituania, tierra de nieve y de pequeños retablos de madera, ocultos en las curvas de los caminos, nació Oscar Vladislas de Lubicz Milosz, descendiente de una vieja familia de grandes señores, cuyo origen se remonta al siglo XIII y que poseían inmensas extensiones de tierra —con sus villas y ganados— en las cercanías de Kaunas. Los Mislosz habían sido "caballeros de la Cruz" y se habían distinguido en sus campañas contra los teutones y contra las bandas de aventureros y gitanos que pretendían adueñarse de ese frío y plácido paraíso del Báltico. ¿Por qué oscuro avatar renace, siglos después, en el espíritu de Oscar, el rumor de todas esas batallas y el diálogo impresionante del caballero eslavo con el errante gitano ibérico? "Mi alma está entre España y Palestina", escribe el poeta antes de su muerte, ocurrida en 1939, en su humilde casa campestre de Fontainebleau.

El gran señor lituano, viajero y diplomático, pensador metafísico y "encantador de los pájaros", como le llama Jean de Boschere, se extinguió a los 61 años de edad, después de una vida intensa y en ciertos momentos esplendorosa. Sus últimos años fueron patéticos, amargos y purpúreos como un inmenso ocaso. La grandeza de Milosz había ahuyentado, al fin, a las gentes ordinarias que encuentran su seguridad únicamente en la propia y ajena pequeñez. El amo de la ciudad de Szereia, el hombre que sintió como muy pocos el amor a la humanidad, murió en la mayor pobreza y en la soledad absoluta, visitado tan sólo por los gorriones, golondrinas y cornejas, a los que daba de comer en sus peseos por Boulingrin.

Milosz nació en 1877 en su casa solariega de Czereia. Niño aún fué llevado a París e ingresó al Liceo Janson de Sailly. Luego, continuó sus estudios en la Escuela del Louvre y se distinguió en epigrafía oriental. Desde los veinticinco a los treinta y nueve años viajó por Rusia, Italia, España, Inglaterra, Alemania y otros países, perfeccionando sus conocimientos de literatura y filosofía. En 1936 regresó a París y tres años después fué nombrado representante diplomático de Lituania ante el Gobierno francés. Hasta 1938, en que obtuvo su retiro, sirvió con inteligencia y desinterés magníficos el cargo de Ministro Consejero de la Legación de Lituania en Francia.

A pesar de haber vivido únicamente unos pocos años de su niñez en la tierra natal, Milosz se siente acosado sin cesar por la nostalgia y las evocaciones del paisaje lituano y por las creencias y consejas de sus padres: "En el Septentrión natal, donde sube, desde los grandes nenúfares de los lagos, un olor de los primeros tiempos, un vapor de árboles de leyenda sumergidos". "La montaña es una isla en medio de los vapores... La ortiga soñolienta dobla su cabeza madura bajo su bella corona de reina de Judea"... "Límpidos días cuando la colina estaba en flor y cuando en el océano de oro del calor los grandes órganos de las colmenas en trabajo contaban para los dioses del sueño..." "Ese buen olor de mantel frío y de pan dorado y de vieja ventaja abierta a las abejas de junio!"

Esos recuerdos se concretan en dos libros pintorescos, originales y candorosos como las imágenes policromadas de los retablos de su país: *Cuentos y Fábulas de la vieja Lituania* y *Cuentos Lituanos de mi Madre-la-Oca*. Hay allí un gran amor a los humildes, un profundo sentimiento de solidaridad con los que sufren y esperan. Mas, el destino le tenía reservado a Milosz un cáliz rebosante de amargura: Los hombres negaron su obra, la menospreciaron y no correspondieron a su noble gesto de amistad. En el atardecer de su vida, Milosz era un solitario, ligeramente encorvado y silencioso, que buscaba los rincones más apartados de los parques públicos para echar unos puñados de semillas a los gorriones. Su alta silueta producía un tumulto de alas. Ese era el "paraíso terrestre" del poeta. Los ruiseñores de muralla, los mirlos, las cornejas y, sobre todo los gorriones, le rodeaban alegremente. Y muchos otros pájaros, de nombres extraños, familiares al melancólico paseante: Cinis, Sitelles, Fauvettes, Linots, Grimpereaux... En uno de sus últimos escritos, Milosz dice, al referirse a la acogida amistosa que le dispensaban los pájaros: "Este es uno de los tres o cuatro recuerdos más queridos y emocionantes que me llevaré del duro planeta Tierra".

POESIA EN DIEZ LECCIONES

La poesía de Milosz, dotada de virtudes esenciales y recónditas, madura de experiencias, nutrida en la filosofía y en la metafísica, no sólo trata de aprisionar la belleza sino también la verdad. Es una guía para el conocimiento integral del mundo. Deleita y enseña al mismo tiempo. Cada libro es una lección altísima, una tentativa heroica para descifrar el misterio de la existencia: *Las Siete Soledades, Miguel Mañara, La Confesión de Lemuel, Ars Magna, Los Arcanos, Las tres Sinfonías*. A lo largo de estos libros, resalta el pensamiento central que animó la vida del gran poeta lituano: El hombre, acosado por las soledades terrestres —que son los despojos finales y del placer— busca en la exaltación religiosa y en el arrepentimiento —*Miguel de Mañara*— la quietud del alma; pero la conciencia necesita previamente libertarse de su carga, y una vez libre adquiere la luz sobrenatural de la profecía —*Confesión de Lemuel* —y llega a descubrir que el Universo es la única forma posible de amor —*Ars Magna*—. Identificado el hombre con el cosmos —*Los Arcanos*— cumple los grandes fines de la creación y acepta la soledad definitiva de la muerte como una reintegración a los orígenes — *Tres Sinfonías*—. Esas son las lecciones luminosas que se desprenden de esta vasta obra poética, digna de figurar por su importancia al lado de la de Rilke.

Tenía veintidós años Milosz cuando publicó su primer "Poema de las Decadencias", que fué muy elogiado por los simbolistas de esa época. Su virtuosismo formal y su exotismo eran muy del gusto de esos días finales del siglo XIX: "Partamos hacia el ayer en diligencia..." "El vehículo rueda con sus más dulces ritmos hacia el viejo país de los bandoleros y los museos..." Y luego, unas imágenes de Samain o de Henri de Regnier: "En el estío ciego, vacilante de sueño" y "el parque enfermo de luna era profundo como una alma". Pero allí se encuentra ya, en una breve imagen la clave de su actitud futura ante el mundo: "Y la nada de todo gravita sobre mi alma, como sobre los ahogados el peso del océano!" De esa poesía grave desemboca necesariamente en *Las Siete Soledades*.

Tiene treinta años el poeta. Ha viajado y vivido con intensidad. Empieza a sentir el estremecimiento y la certidumbre del vacío. "Truena en mi corazón", dice. La noche y "el vino de los reyes" no pueden nada contra su fastidio. La soledad comienza a envolverle y un rumor de pasos resuena en lo profundo de su conciencia. Entonces escribe *La Iniciación amorosa*, libro tremendo y desesperado. *El Arcángel de la Sensualidad* le tienta: Es Clarice-Annalena. "Yo tenía dieciséis años cuando leía *Don Quijote de la Mancha* bajo el sauce llorón del parque ancestral y escuchaba muy cerca el murmullo de la fuente... y cuando alzaba los ojos veía delante de mí al primer amor de mi vida, mi primer amor de niño y de adolescente: Clarice-Annalena Merone de Sulmerre, la aventurera!" "Ah, profunda es la tristeza de una vida fracasada —concluye el poeta—; pero más profundo es el vacío de un destino cumplido!"

De todas maneras, por todos los caminos, el hombre llega a la puerta oscura. ¿Detrás está la muerte, la nada? Milosz prefiere buscar la luz, como los grandes místicos, y escoge un héroe español para explicar su idea de redención y arrepentimiento: Miguel Mañara, lego menor, hermano de la Caridad, antiguo pecador y bandolero del siglo XVII quien dió origen a la leyenda universal de Don Juan. El poeta divide su obra en seis cuadros, animados por un extraordinario aliento, cuya grandeza llega a veces hasta la sublimidad. Miguel Mañara rescata su vida pasada por medio del servicio humilde y cuando llega la muerte, la recibe con estas palabras: "Héme aquí..." Y su oración es emocionante: "Tú gran amor me quema el corazón, tu gran amor —mi única certidumbre. Oh, lágrimas! Oh, hambre de eternidad! Oh, alegría!"

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"
diríjase a
F. W. FAXON Cº
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell
Susbcription Agencies
Incorporated
North Cohocton, New York

Milosz dedica muchas de sus horas a la lectura de la Biblia. Su espíritu sigue —como él lo confesó muchas veces— "entre España y Palestina". Ahora se inspira en el *Libro Segundo de Samuel* para componer un "misterio bíblico", *Mephiboseth*. Es la historia del nieto de Saúl, protegido de David. El lenguaje de este poema dramático es de una insuperable belleza y el tono y los símbolos están a la altura de los mejores versículos hebraicos. "Las naciones han pasado como las sombras de las nubes —canta David— el vencedor y el vencido comen el pan de arena y de lluvia, y el corazón emblanquece y el tiempo ya no es como el vuelo de la golondrina..."

En *La Confesión de Lemuel* y en *Ars Magna* —libros de madurez— se acentúa el desencanto del hombre cuyo amor a la humanidad no ha sido correspondido. "¿Qué hacer? ¿Huir? Pero, ¿a dónde? ¿Y para qué?" se pregunta el poeta en *La Charrette*. Y vuelve los ojos a las cosas humildes, a los animales, a las criaturas sin orgullo. "Héte aquí, amigo de infancia! Primer relincho tan puro, tan claro! Ah, pobre y santa voz del primer caballo bajo la lluvia". En *Ars Magna* —que se ha señalado con razón como su testamento poético— Milosz confiesa que los tiempos actuales son "tiempos de expiación en los que tenemos el infortunio de vivir..." Todavía cree que el amor es lo único que puede salvarnos: "Hijo del hombre, no tengo en dónde reposar mi cabeza. Ningún sitio es mío y, en verdad, me importaría poco saber de dónde vengo y a dónde voy: pero no sé dónde estoy, y sin embargo existo, pues que amo y todo el resto es vanidad, humo, sombra..."

LA ESCALA DEL AMOR

Sobre todas las cosas, Milosz es un poeta del amor. Certeramente, le ha calificado así Armand Godoy en su profundo y sincero ho-

menaje al autor de *Miguel Mañara*. No se trata sin embargo del natural amor del hombre hacia un arquetipo femenino. Es más que eso: es el amor infinito que va ensanchándose gradualmente, en ondas concéntricas, desde las más ínfimas criaturas hasta Dios. Es una escala que comienza en la tierra y va más allá de las nubes. Milosz, en la niñez, ama con fervor a su familia; luego, en la adolescencia, entrega su amor a una figura ideal: Clarice-Annalena. Ya hombre, ama a la mujer; pero como "un mendigo de amor", como un "prisionero entre cuatro muros infranqueables". Incomprendido, decepcionado vuelve los ojos húmedos de ternura hacia la humanidad. Los hombres no responden a su llamamiento y le menosprecian, construyen un muro helado de silencio en torno de él y le encierran vivo en una sepultura invisible, labrada por su desdén. El solitario dedica entonces su amor a los pequeños y humildes seres de la creación y exclama resignadamente: "Bienvenida seas, Soledad, madre mía...!"

Este es el drama inquietante de Milosz, el mártir del amor, que entregó su corazón generosamente a los demás y no obtuvo nada en cambio. Amor universal, condenado a extinguirse en un cerco hostil de ceniza. En vísperas de su viaje final, el poeta condensó en una línea su biografía: "Un viejo amor gastado por la piedad, la cólera y la soledad". El pobre gran señor lituano llegaba al umbral de la muerte, acompañado tan sólo por los pájaros, que acaso le rodeaban atraídos únicamente por las semillas y migajas de pan que esparcía a su paso. Sin embargo, el amador abandonado exclamaba todavía: "¡Quiero vivir, vivir y hacer algo por los hombres, mis enemigos!"

En la *Iniciación Amorosa* hay una página, iluminada como un vitral, donde se condensa con un fulgor de poniente, todo el íntimo y delicado romanticismo de Milosz, representante excelso de la angustia humana: "He aquí que, de pronto, mi mirada es atraída por el juego de un rayo de luz sobre alguna columna o umbral de iglesia. Inmediatamente interrumpo la marcha y mis ojos se fijan en la vieja piedra, calentada por claridades de otro tiempo, el fantasma de *lo que pudo ser y no fué* aparece en el sol pálido y me mira largamente en el punto luminoso de mis ojos... Yo soy aquella que tú amaste en los siglos pasados, en los tiempos sin nombre —canturrea el puro fantasma—... Yo soy aquella que holló, cierto día, los mismos escalones, al son de las mismas campanas, en los tiempos perdidos para siempre. Soy la hija domesticada de las aguas, de las altas hierbas y de los follajes del ducado de Brettinoro, soy la hermana de tu adolescencia! Los mismos escalones, las mismas campanas, a pesar de la muerte, del disgusto y de la desesperación! Estoy muerta desde hace tiempos... El mundo se derrumbará, los astros se apagarán, y hasta la memoria de esas Edades se borrará a su turno: pero yo no volveré nunca a estar viva! Tú no verás jamás mi carne, tú no beberás nunca mi voluptuosidad ni mis lágrimas. La consolación del amor hacia todas las cosas. Aún el vuelo del insecto insensato encierra una lección divina. Y de los labios del poeta brotan los salmos ardientes y esperanzados: el *Salmo de la Madurez*, el *Salmo de la Reintegración* y el magnífico *Salmo de la Estrella de la Mañana*, escrito dos años antes de su muerte. El vocabulario de estos salmos es hermético, a veces, apocalíptico, iluminado de resplandores sorprendentes como el de los antiguos profetas. Milosz debe ser considerado como el último gran salmista de nuestro tiempo.

Atormentado, consumido por un intenso fuego, el señor de Czereia, cansado de haber recorrido "todos los albergues del mundo", se retira a su refugio de Fontainebleau, reducido a la amistad de las aves. Siente el frío de la muerte en su "carne de animal y su alma de planta". Escucha, entre las hojas que caen, el ruido monótono y triste del pico de un pájaro que horada la corteza de un árbol vecino. Escribe entonces, con mano desalentada:

"El pájaro carpintero clava el ataúd
de mi amor".

En esta imagen, que hubieran amado Heine y Rilke, Holderling y Goethe, se encierra todo el drama sublime de Milosz, gran poeta cuya desaparición es pérdida irreparable para el genio europeo.

Son versos

de *Valentín de PEDRO*
(En el *Rep. Amer.*)

Buenos Aires, diciembre de 1944.
Señor don
Joaquín García Monge.
San José. Costa Rica.

Muy estimado don Joaquín:

Acaba de ser impresa una conferencia que Valentín de Pedro leyera ante numerosa concurrencia en la Asociación Tucumana con sede en Buenos Aires. En prosa ágil y versos flúidos y bellos, el autor nos va haciendo partícipes de las impresiones que recibiera durante el desarrollo de la guerra civil española, que fué en realidad el primer acto de la guerra mundial que aún perdura, vislumbrándose ya, no obstante, su fin, que, esperamos, ha de ser acompañado por un resurgimiento de la libertad en el mundo. De la libertad y de la cultura, puesto que el nazismo y el fascismo son la negación absoluta del desarrollo de ambas.

He desglosado de la citada conferencia ocho composiciones —sonetos, poemas, romances— de los cuales cinco se refieren a la tragedia del pueblo español. En los otros tres el autor expresa sus sentimientos ante el próximo retorno a la patria. Creo no equivocarme al manifestar que los lectores gustarán del arte de Valentín de Pedro, tanto por su factura cuanto por su sinceridad y por la espontaneidad que revelan; pero sobre todo por la emoción que encierran y que trasmiten los versos aludidos. Se las remito, estimándole su reproducción en Repertorio Americano *para que logren la difusión que merecen.*

La conferencia, impresa ahora en folleto de 32 páginas, bien presentado y pulcramente cuidado, lleva por título: Viaje de vuelta. (Itinerario lírico).

Agradecido, me place saludarlo a la vez que desearle felicidades en el año venidero, reiterándome de usted amigo y s. s.,

Juan RAGGIO.

1

En medio de la calle abrió un abismo
la bomba al estallar. Y la metralla
restalló en las fachadas, como tralla
agitada en furioso paroxismo.

Hubo un breve temblor de cataclismo.
Ruido de un mundo de cristal que estalla,
y un espanto de sangre que no halla
comparación más que en su espanto mismo.

Se alzan, rotos, los rieles del tranvía,
como rígidas patas de una araña
gigante, hundidas en la luz del día;

y el cráter de la horrible mordedura
del plomo, da una impresión extraña,
de cósmica y humana desventura.

2

Y, de pronto, la muerte que se acerca...
No silenciosa, fantasmal, ni ambigua.
El ruido de la hélice, que terca
barrena el aire, lo atestigua.

Bajo todos los techos de la ciudad, la angustia
pone un temblor unánime;
el rostro de la gente de súbito se mustia,
como si la ciudad fuera a quedarse exánime.

Las explosiones hacen estremecer la tierra
con un presentimiento
de bárbaras tragedias, que el corazón aterra.
Es como un secular derrumbamiento.

La que ahora se hunde pudo ser nuestra casa,
pudo ser nuestra carne la que ahora se abrasa;
el rumor de los élitros de acero
sobre nosotros pasa
y bien puede ser este nuestro instante postrero.

Está la muerte a nuestro lado;
la sentimos lo mismo que a un ser vivo:
nos hace respirar su aliento helado
y entre sus brazos tiene nuestro cuerpo cautivo.

Traspasa nuestra carne, por nuestras venas [se entra;
llega hasta lo más hondo de nuestro corazón;
y nuestra vida toda en su poder se encuentra,
frágil, como una pompa de jabón.

Nupcias de muerte, extrañamente locas,
que nos dejan exhaustos, temblorosos,
con sabor de cenizas en nuestras bocas
y una impresión de sueños pavorosos.

El rumor de las hélices se aleja;
y en el silencio trágico y profundo
que al alejarse deja,
dijérase que empieza a renacer el mundo.

Y nosotros con él: con nueva vida,
más profunda y más fuerte;
que si un instante se creyó perdida,
se siente triunfadora de la muerte.

3

Noche de guerra, noche pavorosa.
Nunca la oscura noche fué más noche,
más de espanto y de muerte; noche negra
surcada de siniestros resplandores.

La ciudad, sumergida en las tinieblas,
parece un cuerpo muerto que, en su féretro,
la luz de los incendios iluminan,
con llamas de cirios gigantescos.

Densa llovizna, silenciosa y gélida
cae sobre la ciudad como un sudario
que la empapa en su hielo y que la envuelve
en un ambiente fantasmal y trágico.

En la sima del horror de su silencio,
el ruido del combate que la cerca
dijérase el hervir no interrumpido
de una olla fabulosamente inmensa.

Noche de espanto y pesadilla. Noche
de la ciudad cercada por la muerte,
con el plomo y el fuego en sus entrañas
y corona de espinas en sus sienes.

Cuerpo de la ciudad que empapa el negro
alquitrán de la noche, cual si fuera
el cuerpo vivo de una condenada
que en una hoguera gigantesca queman.

Y en la sima del horror de su silencio,
el ruido del combate que la cerca;
que es cilicio clavado en su cintura;
que no cesa un instante, que no cesa...

4

Nadie piensa que hay guerra. El sol ahuyenta
los fantasmas del miedo, en esta tarde
de domingo otoñal, que es un alarde
de oro y azul, donde la paz alienta.

La multitud a cada instante aumenta;
para gozar del sol nadie es cobarde,
y la alegría es otro sol que arde
en la ciudad, que la metralla afrenta.

El aire rasga el lúgubre silbido
de las granadas, sobre los tejados,
y aquí y allí atruena su estallido.

Bajo nubes de polvo huye la gente;
sobre escombros y cuerpos destrozados
sigue brillante el sol, indiferente.

5

La ciudad está asediada,
toda a tiro de cañón;
por sus calles va la muerte...
Pero también va el amor.

Nadie sabe en qué momento,
en qué lugar ni ocasión,
estallará la granada
con siniestro resplandor.

Mensajera del espanto
es trágico surtidor
de metralla, que difunde
la muerte y la destrucción.

Su silbido nos anuncia
la muerte en todo su horror;
un horror que imaginarse
no podrá quien no lo vió.

Tampoco quien no lo ha visto
puede imaginarse, no,
junto al horror de la guerra
el milagro del amor.

Dijérase que la guerra
sirve al amor de aguijón,
en su lucha por salir
de la muerte vencedor.

Sangre que puede perderse
hierve con ese temor,
y clama por perpetuarse
con febril exaltación.

Asidos van por el talle
los novios, con su ilusión,
como si estuvieran solos
sobre la tierra los dos.

Si es un instante la muerte
otro instante es el amor,
y al cabo esos dos instantes
toda nuestra vida son.

Está el aroma del mundo
compendiado en una flor,
y la luz de cielo y tierra
cabe en un rayo de sol.

Y si un beso es luz y aroma,
¿qué mucho que el corazón
se dé todo él en un beso
que eternice su pasión?

Frente a la muerte que acecha
con su fúnebre crespón,
el amor pasa vestido
de divino resplandor.

No puede, quien no lo ha visto,
imaginárselo, no;
negros horrores de infierno
y en él una luz de Dios.

La ciudad está asediada,
toda a tiro de cañón;
por sus calles va la muerte...
Pero también va el amor.

6

De la ciudad, cuando era niño, huía
por los hondos caminos vecinales,
que atisban bosques y cañaverales
y donde libre, a solas, me sentía.

En el polvo reseco el sol ardía;
y, entre un punzante aroma de rosales,
de jazmines y huertos de frutales,
toda la tierra, en torno, florecía.

Por aquellos caminos yo soñaba
huir de mi niñez, y me buscaba
a mí mismo, ya hombre, en el futuro.

Ahora por ellos vuelve el pensamiento,
en busca de aquel niño, que dió al viento
su corazón ilusionado y puro.

7

Otra vez, mar en mi vida.
¡Otra vez, mar!
Viejo amigo de mis sueños
que retoñando ahora están;
a tiempo vuelvo a encontrarte,
a tiempo de navegar.
¡Oh, qué triste hubiera sido
no volverte a encontrar más!
Tus olas son como brazos
innumerables, que están,
para llevarme sobre ellos,
llamándome sin cesar.
No creas que me he olvidado
de nuestra vieja amistad.
¡Otra vez, mar, en mi vida;
otra vez, mar!

Frente a ti le nacen alas
al corazón, por demás;
y a su contacto se eleva,
sediento de inmensidad,
hacia el misterioso cielo,
en busca de un más allá.
Dijérase que tu cósmica
energía virginal
en mis venas se infiltrase
contagiándome tu afán;
por eso creo sentirte
en mi pecho al respirar,
y dentro de mis pupilas
tu azul infinito está.
¡Otra vez, mar en mi vida;
otra vez, mar!

Viejo amigo, siempre joven,
—eterna es tu mocedad—
tu inquietud atormentada,
¿cuándo, dí, se calmará?
Corrientes que entre sí chocan,
olas que vienen y van...
La fuerza que las empuja
nadie sabe dónde está;
pero cumplen su destino,
en perpetuo batallar.
¡Ay, del espíritu, cuando
al mar no semeja ya!
¡Otra vez, mar, en mi vida;
otra vez, mar!

En lucha contigo mismo
siempre venciéndote estás.
Hasta lo más hondo agita
tus aguas el huracán;
los abismos del naufragio
en ti abre la tempestad;
tragedias como las tuyas
nadie puede imaginar;
pero sobre ellas se impone
siempre tu serenidad
inmensa: la que quisiera
al cabo de mi alma encontrar,
en tu ritmo sosegado
con gracia de eternidad.
¡Otra vez, mar, en mi vida;
otra vez, mar!

8

Sale de su laberinto,
igual que un pájaro ciego,
mi corazón, para ir
hacia su nido primero.

Lo guía un punzante aroma
de azahares en su vuelo.
Retorna a un ayer lejano
y bello, anulando el tiempo;

desanda años en segundos,
cual si el tiempo fuese un sueño,
y con su niñez dichosa

se encuentra bajo tu cielo...
¡Oh, Tucumán de mi infancia
Tucumán de mis recuerdos!

Acerca de "gira" y "jira"

Por *Cristián RODRIGUEZ*

(Es un recorte de *El Diario de Nueva York*. Envío del autor).

El señor Arpiel, tan versado en cuestiones del idioma, al absolver en su último artículo, bajo el epígrafe "La Expresión Correcta", la consulta que le formularon los correctores de pruebas de *El Diario*, quienes le solicitaron normas precisas para la escritura de la palabra "gira" o "jira", lo hace de una manera que no nos deja enteramente satisfechos, y si el caso no se resuelve en contra de su criterio puede decirse al menos que subsiste la duda.

Manifiesta que el caso es muy simple y explica que las normas que da las ha sacado del diccionario. Habría que agregar de la gramática también, toda vez que el diccionario no indica las paradigmas de la conjugación, que supone conocidas de los que poseen el castellano, de modo que no puede afirmarse que el diccionario declare, directamente, que "gira" es la tercera persona del singular del presente indicativo del verbo "girar", como dice el señor Arpiel. Según el distinguido lingüista "gira" no existe como sustantivo en el diccionario, de manera que no cabe emplearlo como tal. No indica a qué edición se refiere, pero por lo visto ha tenido en mente la décimaquinta.

En cuanto a "jira", define esta voz más o menos como el diccionario, esto es, "banquete o merienda campestre entre amigos, con regocijo y bulla", completando de su propia cosecha, pues en el diccionario no aparece, la definición en la forma a que luego nos referiremos. Y dicho sea de paso, el señor Arpiel, como hombre bien entendido en gramática, le enmienda la plana a la Academia con mucho acierto, siguiendo la regla de concordancia entre sustantivos y adjetivos, según la cual dos o más sustantivos en singular, separados por la conjunción disyuntiva "o" deben hacer la concordancia con el adjetivo en singular. En efecto, la Academia, desde hace varias ediciones, viene repitiendo en forma estereotipada la misma definición y el mismo error de concordancia al fijar el sentido de la palabra "jira", y para remitirnos sólo a las dos o tres últimas ediciones y dar del botón una muestra, transcribiremos textualmente la definición de la docta Corporación: *"Jira.* (f).—Banquete o merienda, especialmente campestre (sic), que se hacen (sic) entre amigos, con regocijo y bulla". Contra su costumbre y quizás por no comprometerse la Academia no indica la derivación.

Debemos advertir que el problema no es tan sencillo como parece, observando, en primer lugar, que el sentido que implica esa definición es típica y puramente peninsular, y que nunca ha pasado a la América, y sólo es conocido en este hemisferio, en cuanto a su empleo espontáneo se refiere, de los jefes de redacción y correctores de pruebas, que acuden al mamotreto para dilucidar la ortografía de palabras de escritura dudosa.

"Jira" ha sido el tormento de cronistas y gacetilleros de Hispanoamérica, quienes con muy buena lógica han venido empleando en su lugar el término "gira", cuando se trata de "un paseo, viaje, excursión o recorrido de una o varias personas, con fines políticos, comerciales, etc." La relación de la palabra "gira", en esa acepción, con el verbo "girar", salta a la vista, pero los correctores de pruebas de nuestros diarios y revistas cambian indefectiblemente la "g" por "j", con el tesón de un agente de inmigración, por creer que ello es lo correcto. "Girar", como es sabido, se deriva del latín "gyrare", y este verbo viene a su vez del griego "gyros", que quiere decir círculo. "Girar" sugiere, pues, dar vuelta o vueltas, recorrer determinado país o territorio, que es lo que implica el sustantivo "gira". Para citar un ejemplo de otra lengua romance diremos que en italiano existen en un sentido análogo las palabras "giro" y "girata", que significan caminata, paseo, viaje (de recreo o de inspección) (*camminata, passeggiata.—Viaggio per diporto o per ispezione*). Los franceses carecen al respecto de vocablo derivado de "gyros", y expresan la idea con la palabra "tour", que a través del inglés, o directamente, nos ha dado la palabra "turista", y con la palabra "tournée", que usamos también en castellano en la locución "tournée artística", pero sólo en caso de gente de teatro o cantantes.

Don José Alemany y Bolufer, el egregio lexicógrafo, hace derivar la palabra "jira", equivocadamente, a nuestro parecer, del término italiano "schiera". Pero "schiera" significa "número de soldados en ordenanza; y, en sentido figurado, toda multitud ordenada; compañía", algo que se aleja bastante del significado de la supuesta voz derivada "jira".

La hipótesis que parece más acertada en cuanto a la etimología de "jira" es la del Padre Francisco de Guadix (citado por Monlau); según Guadix se deriva del árabe, en la cual lengua significa "comida opípara y abundante". La derivación árabe explicaría quizás en parte el que no haya cruzado el mar y sentado reales en la América con esa acepción, como ha ocurrido con miles de vocablos de derivación arábiga. W. Meyer-Luebke, por lo común una autoridad muy atendible en materia de etimología, no indica en su monumental *Gramática de las Lenguas Romanas* la etimología de "jira", ni consigna el término si no es con referencia al calabrés, sin indicar el significado en ese dialecto de la Italia meridional. En portugués no existe ninguna palabra que se acerque otorgráficamente al término español "jira", pero su léxico contiene la palabra "gira", a la que naturalmente puede atribuírsele como etimología la voz griega "gyros", que el etimólogo brasileño Antenor Nascentes indica para otras raíces semejantes. Cándido de Figuereido en su *Novo Dicionário da Lingua Portuguesa* define "gira" como "acto de girar, de passear; passeio", que parece corroborar el sentido de "gira" (y no "jira") en español.

Para terminar —y aquí viene la sorpresa que pasó inadvertida para Arpiel— diremos que a partir de la décimasexta edición de su Diccionario (¡Año de la Victoria! —a tal rebajamiento llegó la Academia bajo el régimen de Franco, apropiándose el "nuevo orden" una obra que estaba ya terminada con mucha anterioridad)— la Academia ha consignado por fin el sustantivo "gira" en el sentido que atribuye el agregado que a la definición de la palabra "jira" hace el señor Arpiel por su propia cuenta. Pero —o "mons parturiens"— después de aguardarse tanto tiempo, acogiendo acaso un americanismo, ha incluído la palabra "gira" en el léxico con el sentido que le damos los periodistas hispanoamericanos, pero la ha definido bastante mal, así: *"Gira* (f).—Paseo, excursión recreativa emprendida por una reunión de personas". Quiere decir que si la "gira" la emprende una sola persona deja de serlo en el sentido estricto académico.

* *

La expresión correcta

Por ARPIEL

(Envío de *C. R.*, en Nueva York).

En la sección de "Tribuna Libre", correspondiente a la presente edición de *El Diario*, publicamos unas anotaciones de don Cristián Rodríguez sobre los vocablos *gira* y *jira*, a que se refieren mis apuntaciones del pasado viernes. Es un bello trabajo el de don Cristián, del cual acepto la observación que me hace acerca de *gira* con "g" como sustantivo, pero con la salvedad de que yo no negué su existencia con tal carácter. Consulté el diccionario de la Academia que poseo que, como acertadamente lo supone don Cristián, es la décimoquinta edición, año de 1929, en la cual no aparece *gira* con "g" y al consultar la última edición, que es la décimoséptima, correspondiente al año de 1947, no me preocupé por ratificar su ausencia del léxico, pues no siendo un neologismo no había motivo para que faltara en una edición y apareciera en otra. De haberlo hecho, este problema filológico habría quedado resuelto desde entonces. Ahora en lo que sí no tiene razón don Cristián es en afirmar que yo completé de mi propia cosecha el significado de *jira* con "j", al escribir que es "excursión de un grupo de personas". No; lo que ocurrió fué que olvidé citar la fuente de donde tomé la definición, que no es otra que el *Suplemento* de la citada décimoséptima edición del diccionario de la Academia, que corre inserto a partir de la página 1325, en donde está *jira* con "j", con ese significado. De modo que *gira* con "g" es "paseo, excursión recreativa emprendida por una reunión de personas", y *jira* con "j", excursión de un grupo de personas", más de acuerdo esta última, desde luego, con el recorrido de un magistrado por su república, pongamos por caso, porque esas *jiras* son de estudio o de cosas semejantes, y las *giras* con "g", recreativas solamente según el diccionario. Pero ese olvido fué feliz, por haber ocasionado este sesudo estudio de don Cristián sobre la etimología de *gira* y *jira* que habrá que tener en cuenta en lo sucesivo.

Una pregunta se me viene a las mientes para terminar: ¿Qué motivo tuvo la Academia al consignar en las columnas del diccionario el sustantivo en cuestión, ora con "g" ora con "j", con apenas la diferencia del adjetivo *recreativa* para *gira* con "g"? Son sutilezas que mi mente no puede explicarse.

Rómulo Gallegos no debe venir

Por *Juan Antonio* CORRETJER

(En *El Imparcial* de San Juan de Puerto Rico. Diciembre 14 de 1948. Envío del autor).

—Tengo, para recreo de mis ojos, una foto en mis manos. En ella, un joven, querido y admirado amigo cubano, de nombre tesoneramente vinculado ya a nuestra lucha patriota, conversa con el Presidente Constitucional de Venezuela. El uno es José Luis Massó. Rómulo Gallegos es el otro.

La foto, para ser actual, para nutrirse de sentido periodístico, que no es nada pasajero y efímero sino historia al día, representa ante mis ojos todo el deber personal que las promociones superiores tienen para sus sucesoras inmediatas dentro del ámbito de convivencia —y convivir no es a secas vivir juntos, sino juntos superarse— de una misma generación.

En efecto, esa foto, en que se muestran juntos un venezolano en la plenitud de su señorío intelectual y un cubano en el apogeo de su etapa ascendente, viene a caer en las manos y en el corazón ansioso del pueblo puertorriqueño a la hora misma en que toda nuestra América se alerta con la deposición del magistrado venezolano y en el instante preciso en que la juventud letrada del país, hecha ya en el disfrute de su magna obra novelística, se pregunta ansiosa si el preclaro rápsoda de los llanos va a venir a sostener, con su prestigio de patriota y su gloria de artista, la farsa imperialista-colonial en la cual un pobre hijo del país va a servir de trágico payaso.

Yo me he contestado la pregunta mediante un examen de la posición real de Rómulo Gallegos en relación con Venezuela y América Latina. He pasado por alto su ascenso —y su deposición violenta— como Presidente de Venezuela. El encono del imperialismo contra Rómulo Gallegos, hombre de partido y de gobierno, nos parece cosa nada sorprendente. Al fondo de la cuestión se mueven asuntos tan serios y decisivos como la Flota Grancolombiana y el subsuelo petrolífero, que aliaron de inmediato en un esfuerzo coordinado y común a los monopolios navieros y petroleros yanquis y les hizo mover a sus sirvientes del Departamento de Estado y el Servicio de Inteligencia, y a sus esbirros criollos. Y, como a esa embestida imperialista Venezuela misma no la ha de dejar sin réplica, yo la coloco entre los azares de la lucha. Más perdió Venezuela en Puerto Cabello y empezó de nuevo en Cartagena. ¡Rómulo Gallegos tiene que saber que a él también puede esperarlo un Mompox!

Desde luego que lo que hay de agravio nacional y de ofensa personalísima en el atentado imperialista contra Venezuela y Gallegos, sería lo bastante para que Gallegos se alejara de tierras en donde ondea, sin derecho el pabellón yanqui. Creo más. Creo que ni aún para pronunciar un discurso a favor de la inmediata independencia de Puerto Rico, debe Gallegos venir a nuestra patria. Eso sería desde luego lo justo, y para nuestra gratitud eterna. Pero es mejor servicio a nuestra vigorización volitiva, a nuestro sentido de decoro no concurrir a esa farsa que usarla de tribuna para un discurso en defensa de nuestro bien. A veces despreciar es una forma de servir.

Pero, en lo substancial, he colocado el caso en un nivel más alto, a una altura por encima de lo estrictamente político, allá por donde personas y hechos se encumbran por las cimas de la conciencia.

De veras. Un jefe de partido político tiene, sin mengua de su honra, un margen de talla para el equilibrismo y la maniobra. Y el jefe político de una nación también lo tiene. Bástanle para ellos salvar sin sombras principios y objetivo de lucha. Pero esto es si el jefe de partido, o el jefe político de la nación, no coinciden con el hombre-conciencia. Para el hombre que ha pasado por una transubstanciación con el grupo humano a que pertenece todo margen de talla queda vedado. Su dinámica es la de la continuidad imperturbable. Su espíritu es el de la serenidad ante el espanto. Su forma la de la omnipresencia.

El flujo y reflujo de la vida política venezolana llevó a Rómulo Gallegos a la jefatura política de su nación. Pero antes, mucho antes, su transubstanciación en el alma venezolana lo había encumbrado en la conciencia latinoamericana. Si *Doña Bárbara* lo levantó a la fama, el conjunto de su obra, especialmente su gicamente lamentable, pero aún corregible, en cia estética de América. No. Lo que en el jefe político pudiera ser un error lamentable, trá- *Cantaclaro*, le abrió las puertas de la conciencia el hombre-conciencia sería una caída sin levante.

Rómulo Gallegos le debe a la promoción latinoamericana de la que José Luis Massó es un representante de los más dignos, de la cual la juventud universitaria puertorriqueña, expulsa, apaleada y encarcelada por el régimen imperialista-colonial de Harry Truman y Muñoz Marín es exponente decoroso, la actitud de un decoro sin descanso en lo superficial y en lo profundo, en lo interno y en lo externo. Y yo me niego a creer que Gallegos no lo entienda. Me niego a creer que contribuya el resplandor de su personalidad al auto de fe imperialista-colonial que el Congreso de Estados Unidos ordenó que se lleve a cabo en Puerto Rico el 2 de enero de 1949.

Estamos tan ansiosos los puertorriqueños por ver a Gallegos entre nosotros como lo puede estar él por verse entre nosotros. ¡Pero entre nosotros! No entre un instrumento colonial y el alto mando de las fuerzas militares yanquis de ocupación. Entre nosotros los puertorriqueños, y no entre un coro de esbirros y burócratas, verdaderas auras tiñosas de la nacionalidad. Espere un poco el ilustre venezolano. Que por acá, fuera de las esferas coloniales, lejos de la propaganda yanqui, lejos de la mentira procaz y fastuosa, algo nuevo y grande se mueve misteriosamente en las entrañas de la Patria. Por debajo del manto de la piel que angustiosamente se expande, hay brazos que ensayan su primer movimiento. Saldrán a la vida como entran los hombres en la vida: con un grito en los labios y entre el manto sangriento de la maternidad desgarrada. Y no habrá nacido un hombre. Habrá nacido un pueblo.

LA ABADIA DE ROYAUMONT

Los nuevos brotes

Por *Luis de* ZULUETA

(En *El Tiempo* de Bogotá. Noviembre 2 de 1948).

Evoca André Gide, en *Si le grain ne meurt*, la silueta de su madre que dice asomada a la ventana:

—"Los crocos se han abierto. Va a hacer buen tiempo".

Efectivamente, en buena parte de Europa lo primero que aparece a ras de tierra cuando todavía la nieve cubre el suelo de los jardines, son las florecillas de los crocos.

Pero en el relato de Gide la madre se ve dulcemente reprendida por la señorita Shackleton:

—"Julieta, siempre será usted la misma. Es cabalmente porque ya hace buen tiempo por lo que los crocos se han abierto. Bien sabe usted que no toman la delantera".

No. Las plantas no toman la delantera. Pero lo que no ocurre en el reino vegetal, sí acaece en el género humano. Hay individuos valerosos, meditabundos o poetas, que toman la delantera, se anticipan al tiempo futuro y, por decirlo así, florecen antes de que la estación propicia haya venido. Gracias a ellos progresa el mundo. En la humanidad, a la inversa de lo que pasa en la naturaleza, es precisamente porque hay almas de avanzada, porque hay pequeños grupos de vanguardia, por lo que llega una nueva primavera en éste o en aquel momento de la historia.

Vivimos ahora en un duro invierno. La "guerra fría" entablada sobre las cenizas de las dos guerras ardientes, deja florecer muy pocas esperanzas sobre la tierra. Sin embargo, hay que creer que, después de tan inmensa conmoción, algo nuevo, algo grande, tiene que surgir en el mundo. Nada sería tan interesante como saber en dónde están ya esos precursores, esos pequeños grupos intelectuales, o estéticos, o morales, de donde pueda venir, quizás a largo plazo, una renovación de nuestra sociedad humana. Los brotes aislados que anuncian la lejana primavera.

Arthur Koestler, en su ensayo sobre *La fraternidad de los pesimistas*, expresa su fe en la acción de esos pequeños núcleos, focos de luz entre las sombras actuales. Cree Koestler que vendrá un nuevo fermento ideal, comparable al Cristianismo o al Renacimiento. Pero por ahora hay que contentarse con crear oasis en el desierto, enclaves más o menos extraterritoriales donde la verdadera cultura del espíritu se salve como se salvó en los monasterios

y en las universidades a través de la noche de la Edad Media.

Hace pocos días tuve yo la impresión de conocer, aunque de lejos, uno de esos enclaves. Hay en él, como en los de antaño, algo de monasterio, aunque éste es laico; algo de universidad, aunque es reducido; algo de medioeval, aunque es moderno, actual, de hoy y de mañana. Se llama la Abadía de Royaumont.

El hombre a quien se debe la existencia de este oasis de paz, de comprensión y de libre cultura, ha estado hace unos días en Bogotá. Mr. H. Gouin es una de las principales personalidades de la grande industria francesa. Su abuelo había comprado una antigua abadía, situada en pleno campo, si bien no lejos de París, abandonada desde la época de la Revolución por los monjes cistercienses. De la iglesia en ruinas sólo quedaba en pie una torre. Mas se hallaba casi intacto el viejo monasterio gótico, edificado en el siglo XVIII. Mr. Gouin ha hecho de él una cómoda residencia familiar, pero respetando cuidadosamente su carácter artístico, su sabor histórico y hasta su ambiente de recogimiento conventual.

Ahora debo interrumpir por un momento esta historia para evocar un recuerdo. Antes de la guerra, otro cenobio, la Abadía de Pontigny, se había convertido en un lugar de reunión de algunos espíritus selectos, franceses y extranjeros, que allí pasaban unos días lejos del tráfago ciudadano, descansando, leyendo, pensando y por las tardes congregándose regularmente para dialogar sobre los grandes problemas que la vida nos plantea,. o que nuestra eterna inquietud le plantea a la vida.

La guerra acabó con las inolvidables conversaciones de Pontigny. Murió su inspirador, el anciano Paul Desjardins. Pero los amigos de la Abadía sentían la necesidad de reanudar el coloquio. Pontigny había muerto. Gouin, generosamente, ofreció Royaumont.

Royaumont es hoy un centro internacional de cultura. No tiene carácter político ni confesional. Ofrece un lugar de reposo, de meditación y de trabajo a los intelectuales y artistas de todos los países en una residencia que une el encanto de la belleza del paisaje a la emoción de los recuerdos históricos. La naturaleza y la historia son las dos fuentes de la cultura.

Pero la Abadía de Royaumont no se contenta con brindar un albergue de paz cordial a la vez que de estímulo mental. Toma por su parte la iniciativa y organiza reuniones internacionales en las que personalidades eminentes, profesores, estudiantes, jóvenes dedicados a las ciencias o las letras, venidos de muy distintos países puedan tratar en común de los temas que hoy apasionan al mundo, contribuyendo así a la colaboración de las almas, base de la concordia entre los pueblos.

En ese oasis de Royaumont, isla de serenidad en un océano de tormentas, las actividades son muy diversas. Ya se reúne allí un congreso internacional, como el del Psicoanálisis; ya funciona un club de lectura, con el concurso de escritores y críticos franceses y extranjeros; ya se trata de un simple almuerzo en el que un sabio o un poeta, de paso por París, va a tener la ocasión de conversar con sus colegas de Francia; ya es una invitación dirigida a algunos jóvenes alemanes de la zona francesa de ocupación; ya una recitación de Robert Spaight, el famoso actor inglés; ya un concierto de música de cámara; ya la excursión a un viejo castillo o a una moderna fábrica; ya un ciclo regular de lecciones, como los que para el año próximo se anuncian sobre el pensamiento francés y la vida moderna.

De esta suerte, en ese rincón campestre de l'Ile-de-France, milenariamente nacional, apunta un nuevo brote de vida internacional, de cultura universal. En el Patronato de Royaumont vemos unidas personas tan diversas como un sector de la Universidad de Praga, profesores de las de Oxford o París, Amsterdam, Zurich o Copenhague, Nueva York o Quebec. Y al lado de Paul Claudel y de Duhamel figuran T. S. Eliot, Ingrid Undset y Victoria Ocampo, y hasta algún nombre exótico del Egipto o de la China...

Si por este brote nacido a la sombra de la abadía francesa, juzgáramos de los otros que sin duda apuntan en diferentes parajes del mundo, podríamos señalar algunos de los rasgos que caracterizarán el futuro renacer de la cultura.

El primer trazo, ese sí muy saliente, indudable, decisivo, es el internacionalismo. La cultura será universal o dejará de ser. El maravilloso progreso de los medios de comunicación, si no ha favorecido a la paz —y más bien ha traído la guerra— ha determinado, en cambio, ese universalismo del pensamiento y del arte. El intelectual, aún encerrado en la celda de una abadía, sabe ya que su aula o su taller es el mundo.

Pero esa universalidad no es desnacionalización sino comunión de naciones. ¿Hay nada más francés que Royaumont?

Otra nota significativa —precisamente en esta época práctica, pragmática, técnica, económica y utilitaria— es la vocación de la ciencia pura, del arte puro, cultivados desinteresadamente como en el jardín claustral de un monasterio. Se va en busca de una nueva idealidad, de una moderna idealidad, bajo esas mismas naves ojivales que albergaron la idealidad mística de otros siglos.

En el nuestro, en este tiempo de contiendas civiles y guerras mundiales; de incomprensión, y violencia, y discordia, cada uno de esos brotes nuevos revela el anhelo de comprensión, de razón y de concordia. No repitamos que "la guerra es el remedio de las cosas que no tienen remedio". No. Una doble, atroz experiencia nos ha enseñado en este siglo que la guerra no remedia nada. La solución de los problemas que no tienen solución, consiste en levantarlos del polvo de la lucha, elevar el pensamiento y plantearlos de nuevo en un plano más alto.

Patriotismo

(En *La Tribuna* de Lima.
Marzo 27 de 1948).

En diciembre último se produjo un profundo desacuerdo en el seno del gobierno panameño, a propósito de la cuestión de las bases norteamericanas El Canciller Ricardo J. Alfaro renunció en vista de no haber sido consultado acerca de la redacción final del documento en que se aceptaba dicha cesión, y porque no estaba de acuerdo con sus principios. Dura pugna. Ataques a estudiantes. Hasta se puso en peligro la autonomía universitaria, respetada al fin y al cabo. Hoy, Ricardo J. Alfaro, sin abdicar de sus doctrinas, forma parte de la delegación panameña ante la Conferencia de Bogotá, presidido por el actual canciller.

Los incidentes entre liberales y conservadores colombianos han causado ya no menos de cincuenta muertos. El divorcio es absoluto. Sin embargo, el Presidente Ospina llamó a los liberales a colaborar en la delegación colombiana ante la Conferencia de Bogotá, por tratarse de un asunto de alto interés nacional. Los liberales, después de acres debates, han aceptado esta colaboración. Colombia se presenta ante las demás naciones con un pensamiento internacional unificado.

En Venezuela se ha realizado un cambio de gobierno. El ex-presidente Betancourt será probablemente el jefe de la delgación venezolana a Bogotá, que integrarán miembros de los partidos vencidos.

El gobierno y la oposición se juntan para representar a la nación, que no pertenece a ninguna bandería, mucho menos a la minoritaria. También Venezuela tendrá unidad ante el certamen bogotano.

Hace poco, un diplomático europeo, de tránsito en Lima, me preguntaba: —¿Estarán también ustedes representados en Bogotá? ¿Cooperan a las discusiones preparatorias? Le contesté: No. No hemos sido siquiera invitados a algo en que los grandes intereses nacionales y continentales andan en juego, no obstante de ser mayoría de parlamento y mayoría indiscutible de la nación. —Entonces, me replicó el diplomático, ¿cómo se considerará el pensamiento peruano, si falta algo tan importante?

No corro traslado de la observación. Ya es tarde. Pero subrayo el hecho. Yo no entiendo el patriotismo como escisión y merma, sino como integración. Carezco del sentido islamista de lata de la visa, precisamente por haber nacido cristiano.

No creo en las guerras santas, sino en la prédica con el ejemplo. Jamás aceptaré vencidos, sino convencidos, pues sé que el vencido de hoy al volverse vencedor mañana llevará consigo sus rencores y resentimientos de vencido. El convencido no. Se adapta y coopera, aunque su convencimiento sea nada más que parcial.

Frente a la Conferencia de Bogotá y ante el grande conflicto en cierne, el patriota tiene sólo un deber: unir a la nación en el bien y por la paz, para que no haya cisura alguna en su presentación. Todo otro gesto de patriotismo es aparente, por ser antinacional. Si en los sucesos venideros vamos a jugarnos todos, bueno será que cada cual tenga su parte en el juego. De otra suerte, con actuaciones de sector y sector chico, las acciones resultan sectarias y el patriotismo chico.

Y nosotros, en toda América, necesitamos un patriotismo ancho y constructivo, lejos de las capillas mezquinosas y de los rencores cavernarios y estériles.

Luis Alberto SANCHEZ.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

¿Cuál progreso?

(En el *Rep. Amer.*)

Principios de este siglo. Jubileo de la Reina Victoria. La generación que lo celebra no ha sabido de guerras: acaricia la esperanza de una paz y un progreso indefinidos. Estallan en el tiempo, como cohetes maravillosos, nuevos y nuevos inventos. Se desafía a las leyes de la gravedad y la pesantez: perforan los aires los rascacielos de Nueva York; cruzan los ámbitos los primeros aviones; el automóvil comienza a popularizarse; los puentes más largos del mundo se tienden de ribera a ribera.

El dolor y la miseria parecen anacrónicos. Las masas ascienden en su nivel de bienestar y de cultura. Por todas partes se dictan leyes de previsión que resguarden la dicha del hombre incluso ante la enfermedad, la cesantía y la invalidez. Es cierto que en los barrios bajos de Londres, de Nueva York o de San Petersburgo, el hambre cava surcos en la carne dolorida; pero eso ya se va a remediar también: es cuestión de algunos años, de algunas leyes, de algún ajustamiento en la maquinaria del progreso.

En las escuelas inculcamos a los niños la fe en la ininterrumpida depuración humana y en la superación de todos. Es nuestra religión. Nos sacrificamos para asegurar ese milenio, ese paraíso, esa hermandad del mundo que parece acercarse tanto que no vamos a morir sin verla. Los dolores, las injusticias, las crueldades son accidentes involuntarios, jamás actos premeditados y realizados implacablemente. Y miramos a los siglos pretéritos con horror, casi con altanera soberbia, porque nos juzgamos mucho mejores que ellos, que permitieron alguna forma de esclavitud, de explotación o de iniquidad organizada.

Sobrevino la guerra del 14. Nos sobrecogió de espanto; pero no logró desarraigar las esperanzas. La consideramos producto de errores, de equivocaciones, de recelos y prepotencias internacionales. La combatimos en nombre de la democracia y para que fuese la última de las guerras. Y creamos una Sociedad de las Naciones que ayudase a guiar el mundo por los senderos de la paz, del adelanto, de la prosperidad y la fraternidad crecientes de los cuales se había desviado por unos años nefandos.

Continuó la era de los descubrimientos e invenciones prodigiosas. Los aviones aumentaron en seguridad; la ciencia médica anestesió el dolor y alargó la vida. El carpintero, el albañil, el artesano en los Estados Unidos manejaron automóvil, escucharon la radio, gozaron de la tibieza del baño, del agrado de la calefacción, de una alimentación de reyes, de una educación de príncipes. Miramos al siglo como un camino hacia una sociedad humana depurada ya de luchas injustas, de tormentos y desconsuelos irremediables.

Mas, sobrevinó la segunda guerra. Y ya no hubo posibilidad de continuar esperanzados. Se desató, como nadie lo habría imaginado jamás, ese antropófago, esa bestia que vivió en nosotros en los siglos de las cavernas, ese animal que no reconoció hermandad, ni fraternidad humana, ni compasión, ni piedad. Surgió para triturar y reducir a nada todo respeto a la dignidad del ser humano, lograda al través de veinte siglos de civilización. La ciencia y el progreso se pusieron al lado de Satanás para herir, torturar, infringir los padecimientos más atroces.

Esto sucedió en los países más cultos, entre las gentes que manejaban e ideaban las máquinas más perfectas, el arte más elaborado, que hacía gala de un progreso más difundido.

Brutalmente hemos tenido, entonces, que confrontarnos con nosotros mismos y preguntarnos sin ambajes: este progreso que nos enseñaron a admirar, ¿es en realidad una etapa de perfección? Engendró a los que infringieron las agonías inenarrables de los campos de concentración, el crujir de los huesos torturados, el chirriar de los cuerpos arrojados aún vivientes a los hornos crematorios, alentó la guerra total, el asesinato de razas y de pueblos. ¿Ha mejorado la humanidad? ¿Es esto adelanto?

Una convivencia humana más fraterna, más noble, menos injusta. Eso es la meta del progreso. Empero, los medios que vulgarmente empleamos para lograrla no se compadecen con tal objetivo.

Imaginamos que un hombre progresa cuando aumentan sus posibilidades: de adquirir más cosas materiales, más poder o más influencia. Si de profesor pasa a director; si ayer andaba en carreta y hoy en automóvil; si de comerciante que giraba con cincuenta mil pesos hace hoy negocios de millones; si de asambleísta pasa a dirigente del partido, a diputado, senador o ministro, decimos que ha adelantado. No nos preguntamos cómo se ha verificado el cambio. Si ese profesional cumple torpe y desganadamente sus deberes, si el peatón jamás ha disciplinado sus impulsos, si el comerciante es deshonesto y marrullero, si el político es ignorante y venal, y si al trocar su posición humilde por otra de mayor importancia han usado malas artes, atropellado la justicia, el derecho, el mérito, la honradez, ¿en dónde hay progreso? Por el contrario, al ensanchar su campo de acción, agigantan su posibilidad de ejercer el mal.

¿En dónde reside entonces el secreto de una verdadera depuración. ¿De qué modo podemos acercarnos a ella? Mejorándonos a nosotros mismos. Hoy como ayer y como siempre, el hombre es la medida de todas las cosas, el que les da significación y valor, el que puede emplear para bien o para mal los instrumentos de la ciencia, del gobierno y de las colectividades humanas. Si el progreso no se asienta en el espíritu mismo del hombre y no le induce a elegir en vez del egoísmo, la solidaridad; en vez de la injusticia que me favorece, el derecho que asiste al contrario; en vez de la soberbia y la intolerancia, la fraternidad y la comprensión, estaremos abocados en cualquier instante a que todos los poderes que el hombre ha acumulado gracias a la ciencia y a la cultura sean utilizados en su destrucción.

El mundo occidental no conoce, fuera de las religiones, la técnica de un perfeccionamiento íntimo que se conjugue con un mejoramiento social. Los sistemas pedagógicos están atados aún a lo intelectual; los maestros enseñan erudición; el mundo inculca la reverencia por los valores materiales. Coloca el dinero y el poder como meta y desdeña a quienes no los acatan.

¿Un retorno a la religión? Y para aquellos que no alcanzan la gracia de la fe, ¿qué cosa? ¿Un retorno a la vida sencilla? Tampoco, porque muchos de los inventos modernos son utensilios de bienestar de los cuales la humanidad no debe ni puede desprenderse. ¿Entonces, qué? Una nueva valorización de lo ético-social; una educación que nos habitúe a fraternizar más de verdad, aliviar mejor la miseria, la injusticia y el dolor; una educación que coloque el intelecto como medio y a la ética social como fin, que lejos de exaltar la soberbia egoísta nos induzca a considerarnos parte responsable de un conglomerado en que todos tienen derecho a recibir en justicia, a vivir en dignidad, a crecer en esperanzas.

En estos instantes de inseguridad e inestabilidad mundiales, vale la pena meditar sobre estos problemas de vida y muerte para nuestra civilización, y preguntarnos si la clave de ellos no está en el corazón de cada uno de nosotros.

Amanda LABARCA H.

Santiago de Chile. 1948.

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 vaars al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social

TELEFONO 4184
APARTADO 338